

BIBLIOTECA FEMENINA

LA NOVELA FILM

LA MENDIGA DE SAN SULPICIO

por ANDRÉE LIONEL



N.º 1



BURQUET, Charles

BIBLIOTECA FEMENINA

LA NOVELA FILM

Calla de Laura, núm. 98 - BARCELONA

*La Mendicante de
Saint-Sulpice 1923*

**LA MENDIGA DE
SAN SULPICIO**

según la adaptación cinematográfica de la
célebre novela de XAVIER DE MONTÉPIN

Solamente interpretación de la eminente artista
francesa ANDRÉE LIONEL, secundada
por primerísimas figuras del
teatro francés

** 71, 73 **

FILM CHARLES BURQUET
EXCLUSIVA DE E. PIÑOL
RAMBLA CATALUNA, 82 - BARCELONA

III
J. BOU Y CA, Impresor - Gerona, II
BARCELONA

LA MENDIGA DE SAN SULPICIO

ARGUMENTO DE LA PRÍCULA



I

LOS CAMINOS DEL ORDEN

En los primeros días del mes de septiembre del año 1870, las tropas prusianas habían rebasado las fronteras de Lorena, deshaciendo las concentraciones del ejército francés y desartificando el triángulo formado por las ciudades de Metz, de Nancy y de Strasburgo, en cuyo centro hallabase situado Fenestranges.

Vinculado en otros tiempos en la familia de los duques de Lorena, el castillo de Fenestranges, sito en el lugar central hacia donde afluan las operaciones del ejército enemigo, pertenecía ahora al conde d'Arreynes, ardiente patriota francés, que, afectado por las sucesivas derrotas de las tropas del emperador Napoleón III, vivía en un estado de exaltación dolorosa.

El rostro del conde ofrecía en las primeras horas de la mañana de aquel día, los rasgos característicos del abatimiento. Alto, fuerte aun, blanco ya los cabellos, el señor d'Arreynes, a pesar de su avanzada edad, conservaba un gran vigor, que comenzaba a decaer

Prohibida la
reproducción

Servado por la
censura militar

entonces bajo los ruidos golpes de la adversidad que llenaba de luto a su patria.

Acababa de levantarse cuando el lejano rumor de continuas descargas le hizo estremecerse. Aban-



—¡Oh, Francia, Francia! ¡Parece que Dios se ha puesto contra nosotros!

donando el arreglo de su persona salió de sus habitaciones, atravesó el despacho y entró en el salón de fiestas. Con paso rápido acercóse a una de las ventanas y, a través de los cristales, fijó sus ojos más allá

del bosque que rodeaba el castillo, mirando hacia el sitio donde supuso que estaba librándose la batalla.

Pronto el rumor de la lucha decreció. Por entre los árboles recortáronse las siluetas de unos soldados fugitivos. Y el Conde, dando con el puño en los cristales, gimió sordamente:

— ¡Oh, Francia, Francia! ¡Parece que Dios se ha puesto contra nosotros!

Durante algunos instantes permaneció sumido en tristes meditaciones, de las que vino a arrancarle un criado.

— ¡Traes noticias? — preguntó el Conde volviéndose.

— Un telegrama.

El Conde cogió apresuradamente el parte, y mientras el criado se retiraba, desdoblando aquel papel azul con una dolorosa inquietud, leyó:

«Sedan ha caído en poder de los prusianos... El mariscal Bazaine bloqueado en Metz con doscientos mil hombres... El emperador ha rendido su espada al rey de Prusia...»

Con los ojos nublados, el señor d'Areynes ya no podía seguir leyendo. Una horrible angustia le ascendió del pecho, atenaceándole la garganta. Llevóse las manos al cuello, vaciló, quiso gritar y no pudo y, con el telegrama estrujado en sus manos, lanzó un largo gemido, giró sobre los talones y cayó al suelo pesadamente.

El golpe de aquella caída y aquel gemido de víctima sin fuerzas, sobresaltaron al mayordomo del castillo, que esperaba fuera del salón. Sin comprender lo

que podía haber sucedido, el mayordomo llamó a la puerta.

— ¡Señor!...

Nadie le contestó.

— ¡Señor!...

Silencio.

La camarera de servicio, la vieja Amalia, traía entonces el desayuno del Conde.

— He oído gritar al señor... Debe haberle pasado algo... — explicó a la mujer con voz ahogada su compañero.

Preocupados, aunque rompieran con su conducta las normas de su obligación, los criados empujaron la puerta, y un mismo grito salió de sus labios al ver al Conde tendido en el suelo, inerte y como muerto.

Protector y amigo, el Conde tenía el cariño de sus antiguos y fieles servidores, que acudieron solícitos a trasladarle a su habitación, donde, poco después, el doctor Pertuiset reconocía al enfermo y declaraba:

— Es un ataque de congestión cerebral... ¡No hay que desesperar!

El Conde no tenía otros parientes que dos sobrinos: el abate Raúl d'Arcy, primer vicario de la iglesia de San Sulpicio, y la mujer de Gilberto Rollin, representación odiosa éste del hombre libertino y jugador, que había malversado la dote de su mujer y que a nada tenía cuando trataba de satisfacer sus personales ambiciones.

Días antes, Gilberto había negociado con un usurero la venta de las últimas joyas de su mujer, y el importe de aquella transacción, perdido en el juego, le obligó a trasladarse con su esposa a una casita hu-

milde, comenzando para los dos la vida obscura de la miseria.

Ella, Henriette, sufría resignadamente las penali-



Ella, Henriette, sufría resignadamente las penalidades de su nueva situación...

dades de su nueva situación... Amaba a su marido y le perdonaba sus faltas.

Sentada delante de una pequeña mesa, sus dedos ágiles movían las agujas, confeccionando prendas de

vestir de niño. Y la esperanza del gran acontecimiento que llenaba de alegría su alma y enternecía sus miradas, daba a sus manos esa gracia enternecedora de la mujer que pronto será madre.

De una belleza dulce y suave, Henriette sentíase dichosa, a pesar de las desgracias que afligían su vida doméstica, pensando en el hijo que le iba a nacer.

Torció la cabeza y sonrió a su marido, que entraba en aquel momento.

— ¿Qué te pasa, Gilberto?

Rollin arrojó el sombrero encima de la mesa, sentóse bruscamente y exclamó:

— ¡Los alemanes están a las puertas de París y nuestra situación no puede ser más angustiosa!...

— ¿Por qué? ¿No tienes lo que necesitas?

— No, no lo tengo. Cada día me veo más apurado. Nacerá nuestro hijo y nos faltará lo indispensable para asistirle a ti y cuidarle a él...

Gilberto movió el brazo amenazadoramente y añadió:

— Todo por la insensibilidad del Conde, tu tío, que conoce nuestras necesidades y no las remedia.

— ¡Pobre tío! Está muy desgastado por tu conducta... Pero ya le pasará: él es bueno y nos quiere.

— Pues no lo demuestra... ¡Y no sé, no sé cómo nos las arreglaremos!

Henriette quiso tranquilizar a su marido, animarlo, infundirle la confianza que ella tenía en el destino. Se daba exacta cuenta de las dificultades que rodearían su vida cuando llegara el instante tan deseado de ser madre. Pero su alma era fuerte, su resignación

capaz de todos los sacrificios y su amor por Gilberto tan grande que no quería verle sufrir.

— Por mí no te inquietes — dijo. — Con lo que haya procuraremos salir del paso... ¡Lo que me preocupa es tu condición de capitán de la Guardia nacional, estando el enemigo tan cerca!

Derrotadas las tropas francesas y a las puertas de París los ejércitos prusianos, la necesidad de la defensa de la ciudad había obligado al Gobierno a organizar una especie de milicia civil, de la que Rollin era comandante.

Como sargento a las órdenes de Gilberto estaba Servando Duplat, individuo de la peor especie, que ejercía sobre Rollin una funesta influencia.

Diariamente venía a casa de Rollin para recibir órdenes. Reunidos en el despacho, aquella mañana Duplat dijo a su jefe lo siguiente:

— Han muerto diez de nuestros hombres en la acción de ayer... Son quince francos a repartir.

Estas palabras revelaban el innoble tráfico de estos dos hombres, que no comunicaban las bajas al Ministerio para seguir cobrando los pluses que correspondían a los soldados.

La idea de este negocio, nacida en el pensamiento de Servando, contó con el asentimiento tácito del comandante, el cual, sin embargo, algunas veces resistía a continuar negociando con la muerte de sus soldados.

Duplat, viéndole indeciso, prosiguió:

— Ahora no hay más que firmar, como si se les siguiera abonando las pagas. Después de todo, ellos ya no las necesitan y a nosotros nos hacen mucha falta.

Temeroso de que los pudieran oír, Gilberto abrió la puerta que comunicaba con la habitación en que trabajaba su mujer.



— Ahora no hay más que firmar, como si se les siguiera abonando los pagos...

— Tengo una visita, Henriette, y te ruego que no nos interrumpas.

Echó la llave y volvióse hacia Duplat.

Este seguía mostrándole el recibo que debía firmar.

— Vamos, capitán: siete francos cincuenta, cuando no se tiene nada, es una bonita suma.

Rollin dudaba aún. El, que había derrochado los francos por miles, ahora, agobiado por toda suerte de exigencias, no sabía cómo resistirse a aceptar la complicidad de su subordinado. Aquellos siete francos cincuenta, a pesar de su insignificancia, constituían para él una fuerza, porque carecía de todo.

¡Qué bajo había caído! ¡Cuánta razón tenía para despreciarle el abate d'Areynes, el primo de su mujer!

El abate era un hombre de gran austeridad. Vivía en un piso anejo a la iglesia de San Sulpicio, en el que llevaba una existencia modesta, teniendo por toda servidumbre a una bondadosa anciana, la señora Magdalena.

Educado en su juventud por el Conde, sentía hacia su tío una afección extraordinaria, a la que respondía el señor de Fenestranes con un cariño igual, en el que entraba por mucho la admiración que engendraba en él la nobleza de espíritu y la existencia irreproachable, todo abnegación y sacrificio en el ejercicio de su ministerio, de su sobrino.

Fué, pues, para él, un rudo golpe la noticia del grave estado del Conde.

— ¡El señor ha sufrido un ataque de congestión cerebral! — le explicó el guardabosques de Fenestranes, que había llegado a París después de correr mil peligros. — He atravesado las líneas prusianas para venir a decirsele, por orden del mayordomo del castillo, que cree vuestra presencia necesaria cerca del enfermo.

Dominando sus emociones, aparentando una sere-

nidad que no podía sentir, pues su corazón estaba oprimido por el dolor, el abate preguntó:

— ¿No era buena la salud de mi tío antes del ataque?



— ¡El señor ha sufrido un ataque de congestión cerebral...

— Preocupado por las desgracias que afligen a nuestra Francia, antes de que le diera el ataque el señor ya no se encontraba bien.

El abate se levantó;

— Tengo que hablar con mi prima Henriette, por si ella y su marido quieren acompañarme, como espero.

— No creo que al señor le agrade mucho la presencia del marido de su sobrina — permitióse observar el guarda.

El abate guardó silencio. Tampoco a él le era agradable. Pero quería a su prima y, por ella, estaba dispuesto a verle y pedirle que le acompañara a Penestranges.

Mejor que nadie, Raúl sabía la existencia de privaciones a que Gilberto sometiera a su mujer, después de haber dejado la dote de Henriette en todos los garitos.

Ahora Rollin, privado de lo que debía sobrarle, aceptaba la complicidad de Duplat, firmando el recibo que éste le presentaba para que pudieran quedarse con los miserables francos que correspondían a sus soldados muertos en la acción del día anterior.

Allí, delante de Gilberto, estaban las monedas; y él no sentía que le quemaban las manos, como si su sensibilidad estuviera embotada.

— Hemos hecho partijas como hermanos — murmuró Duplat. — ¡He aquí, mi capitán, la verdadera amistad!... Mañana mandaré ocho hombres al campamento de Versailles, y como los prusianos avanzan, es posible que me quede sin ninguno, mejorando así nuestro negocio.

Rollin volvió al lado de su mujer, en cuanto despidió a Servando.

— ¡Ha marchado ya tu visita!

— Sí, ahora mismo.

Con los ojos fijos en su labor, Henriette sonreía

al porvenir, a aquel porvenir que el hijo que esperaba llenaría de risas.

Absorto en sus pensamientos, al lado de su esposa, Rollin evocó el día de sus esponsales.

Su mujer vivía con su tío en el castillo de Fenestrange. Enamorada de aquel hombre joven, gran conversador, y que sabía hablarle de una manera tan persuasiva que turbaba su alma, la joven pronto le dió su cariño, y aun cuando ni al abate ni al Conde les agradara mucho Rollin, éste, con su desparpajo de hombre de mundo, había sabido captarse la voluntad del sacerdote, quien, a ruegos de su prima, accedió a vencer las últimas resistencias de su tío a aquel matrimonio.

Allanadas ya las dificultades, llegó el día del enlace. ¡Oh, cómo le sonreía entonces la vida! iba a unirse a una jovenzuela encantadora, rica y que le amaba ciegamente.

Recordó el momento en que el conde d'Areynes le entregó la dote de su mujer, diciéndole:

— La dote de mi sobrina asciende a cuatrocientos mil francos; con un poco de orden y buena administración, podréis vivir admirablemente.

Sin embargo, transcurrido un año, de aquel dinero no quedaba más que el recuerdo y la amargura en el alma por haberlo derrochado.

Otra vez en su despacho, Gilberto, herido por esta evocación, alzó los puños y gritó:

— ¡Ah, conde d'Areynes! Cuatrocientos mil francos son una miseria para quien, como tú, tiene cuatro millones... ¡Cuánto tardas en dejarte heredar!

Este era su estado de ánimo, cuando su mujer le anunció:

— Gilberto, aquí está mi primo Raúl... Ven, tiene que hablarnos.

Entre él y el abate había una hostilidad apenas manifiesta, cuya exteriorización reducíase a palabras sueltas y a gestos de aparente vaguedad. Pero los dos se daban cuenta del abismo que los separaba.



— La dote de mi sobrina asciende a cuatrocientos mil francos; con un poco de orden y buena administración...

— Nuestro tío ha sufrido un ataque gravísimo — explicó a sus primos el sacerdote. — Ha venido a decirme Raimundo, el guarda... Yo creo que debierais acompañarme a Fenestrange; somos sus únicos parientes y no podemos dejarle solo en estos momentos.

Con las manos juntas como para una plegaria, Henriette asintió:

— ¡Oh, sí, pobre tío!... Iremos, aunque yo me encuentro débil y no sé si podré soportar las fatigas del viaje.

Rollin hizo un gesto de expresiva denegación.

— ¡No puede ser!

Su pecho hervía de ira. Le molestaba el abate; le molestaba la enfermedad del Conde y sentía un escozor de rabia por haber tenido que transigir con Duplat por siete francos cincuenta. El odio descomponía sus facciones y sus manos se estrujaban convulsivamente.

Sin poderlo evitar, pensaba en Servando, su cómplice, quien corría entonces al lado de su amiga, la planchadora Palmira, para decirle regocijadamente:

— ¡Esto marcha. Rollin es hombre con el que se puede hacer un negocio...! Ah, Palmira, tendremos un bonito ingreso diario mientras dure la guerra!

Gilberto pensaba en este hombre funesto, que se interpusiera en su camino, y aquella firma que horas antes pusiera al recibo que le presentara el sargento, acrecía su cólera contra todos y contra todo.

El abate conocía el abismo del alma de Rollin para que le extrañase su actitud. Sin embargo, preguntó:

— ¿Por qué no pueden acompañarme ustedes?

— Porque no.

— Eso no es una razón, amigo mío — dijo nuevamente su mujer, mirándole de una manera cariñosa, deseando disipar las sombras que llenaban su pensamiento.

— Henriette no puede acompañarle a usted, aba-

te, y yo tampoco — insistió Gilberto. — Además, el Conde se ha pasado muy bien sin nosotros mientras estuvo buena, y pueda hacer lo mismo a la hora de morir.

— No cree que esté en peligro de muerte — insinuó Escl.

— Mejor para él... y peor para sus herederos.

— ¡Oh, Gilberto, qué cosas dices! — exclamó Henriette avergonzada. — Ni tú ni nadie debe pensar en eso. Por supuesto, hablas así porque estás de mal humor; tengo la seguridad de que no deseas la muerte de nuestro buen tío.

— ¡Buen tío!... Bueno, como quieras.

Hubo un largo silencio.

Y de nuevo, Henriette, con su voz más persuasiva, rogó:

— Amigo mío, sigue el consejo de Raúl. Acompañale, ya que yo no me encuentro en condiciones de hacerlo. Es un deber que, por reconocimiento al Conde, espero no rehusarás.

— ¡Reconocimiento de qué! Nada tenemos que agradecerle. ¡Yo no iré jamás a Fenestrange a mendigar una herencia que, por derecho propio, corresponde a mi mujer!... Pues esto es lo que parecería si me dejara guiar de vuestros consejos.

El abate no pudo menos de protestar:

— ¡Quién habla de herencia! Aquí de lo que se trata es de que solo, a muchas leguas de París, un anciano que no tiene más parientes que nosotros, se encuentra enfermo; y que es obligación nuestra ir a curarlo.

Rollin interrumpió fúrgosamente:

— La obligación será de usted; mía, no.

Las palabras buenas, las palabras efusivas de su mujer no habían logrado llevar la paz a su ánimo agitado por el reciente recuerdo de Duplat, el sargento de la Guardia que proyectaba lucirse con la guerra.

Este perfecto granuja exponía a su amante, en aquel momento, sus planes para lo futuro:

— Los alemanes avanzan sobre París; nuestras tropas desmoralizadas son incapaces de oponer resistencia, y yo, sargento de la Guardia, cuando todo se lo lleve la trampa, me pasaré al grupo de los que ya empiezan a gritar: ¡Viva la Comuna!

La planchadora parecía encantada de la estrategia de su amigo. Tenía la misma desaprensión que él y encontraba acertados los proyectos de Servando.

El sargento presentía las horas terribles que se acercaban. En las calles de París se oían ya los primeros gritos revolucionarios, y las multitudes, perdida la serenidad, aterrorizadas por los desastres militares y llenos de odio contra los causantes inmediatos del desastre, sumábanse a los elementos subversivos, sembrando de miedo y de espantosos presagios la vida en la capital de Francia.

En su humilde piso, Rollin, Henriette y Raúl callaban ahora, después de lo último que había dicho Gilberto, de aquella su decisión de no correr en auxilio del Conde, expresada con tanta acritud y violencia.

Los ojos del abate advirtieron de pronto las pequeñas prendas que habían salido de las manos de su prima, extendidas en la mesa de trabajo. Sus ojos sonrieron ante aquellas ropitas sencillas, que eran toda una revelación. Cogió un gorrito de algodón, unos cal-

cesines luego, un refajo después y miró a su prima.

— Nada me habías dicho de esto, Henriette... Ahora me explico por qué no puedes acompañarme a Fenestragues.

La mujer eurocéjelo turbada deliciosamente, viendo descubierto su mejor secreto, el secreto de su próxima maternidad.

— ¡Qué alegría para nuestro tío cuando lo sepa! Gilberto golpeó la mesa con el puño.

— Al Conde no le importará el hijo, como tampoco le importaron los padres.

Henriette miró dolorosamente a su marido.

— ¡Si vieras cómo sufro cuando te oigo expresarte de esa manera!

Quizá por encontrar justa la queja o porque estimara conveniente cambiar de tono, Rollin añadió:

— Ya veis, abate, cuál es nuestra situación... Parta usted solo y hágala presente nuestros saludos al Conde... o no se los haga presente... ¡Me es igual!

Y, volviéndole la espalda, salió, pasando a su despacho.

— La falta de recursos ha irritado su carácter; hay que disculparle — dijo Henriette.

Raúl no quiso objetar nada. ¿Para qué desengañar a su prima? Ya era tarde. Aparte de que ella amaba aún a su marido y aquel amor ponía una venda sobre sus ojos.

— Te dejo, querida Henriette. Voy a preparar mis cosas para emprender el viaje hoy mismo.

Ella levantóse y avisó a su marido.

— El abate se marcha, Gilberto.

— Buen viaje — contestó Rollin, encogiéndose de hombros.

Ya estaba en la escalera el sacerdote, y Henriette, mostrándole a Rollin un documento signado en el Ministerio de Estado aquel mismo día, insistió:

— Este es un salvoconducto que te ofrece Raúl para que puedas ir a Fenestranges sin peligro. ¿Por qué no le acompañas? Yo lo haría, exponiéndome a todo, en otras circunstancias... pero no debo exponer la vida de mi hijo.

— Estoy decidido a no moverme de París — afirmó rotundamente Gilberto. — Si el conde se muere, ya nos lo dirán.

La mujer inclinó la cabeza, ocultando las lágrimas que asomaban a sus ojos, y, llegando hasta las escaleras, hizo una señal a su primo, despidiéndolo, porque le faltaba la voz para decirle adiós.

Afortunadamente, gracias a la inteligente intervención del doctor Pertuiset, el Conde, después del ataque, se encontraba notablemente mejorado.

La gravedad del mal, transcurridos dos días desde el del accidente, hiciera crisis. El Conde hubo de pasar, sin embargo, una semana en el lecho. Ahora ya se levantaba, y aunque tenía que hacer una vida muy metódica, encontrábase relativamente bien.

A las horas de comer, sentaba a su mesa al mayordomo, que cuidaba de que su señor no se extralimitara, obligándole a someterse a las prescripciones del médico.

Aficionado a los buenos platos y a los buenos vinos, las limitaciones que la enfermedad imponía a sus gustos disgustaban al anciano, que no sin protesta doble-

gábase a las órdenes de su amigo el doctor Pertuiset.

No olvide, señor Conde, el régimen que le ha prescrito el doctor: sobriedad, sobriedad y sobriedad.

Y, al decir esto, el mayordomo retiraba una fuente de las proximidades del enfermo, sirviéndose el solo de ella.



— No olvide, señor Conde, el régimen que le ha prescrito el doctor: sobriedad, sobriedad y sobriedad.

— Nada de vino, señor; en cambio puede beber toda el agua que le plazca.

Y el mayordomo escanciaba en su copa el vino del Conde, ordenando que se sirviera agua al enfermo.

En poco irritado por estas restricciones, el señor de Fenestranges levantóse de la mesa y, malhumorado



...y las manos del abate acercaban las del buen viejo...

como un niño, retiróse a su gabinete particular. Pero no le duró mucho el disgusto, y, al ver de nuevo a su mayordomo, le estrechó la mano sonriendo.

— Perdon, amigo mío... Ya se me pasó el enfado; pero ese régimen a que me ha sometido Pertuiset es una tiranía insostenible. ¡Tanta sobriedad ya me parece excesiva!

— Dentro de poco, usted podrá reanudar sus costumbres y comer y beber a gusto de su paladar — prometió el mayordomo. — Un poco de paciencia, nada más.

Inesperadamente, el Conde incorporóse en su asiento y gritó señalando hacia el parque:

— ¡De mi sobrino Raül, mi querido abate!

Gracias al salvoconducto que le facilitara el Ministerio de Estado, el primer vicario de San Sulpicio acababa de llegar a Fenestranges acompañado de Raül, mundo el guarda.

¡Con qué ternura no lo estrechó en sus brazos el enfermo! La emoción apenas si le permitía balbucir:

— ¡Mi Raül!... ¡Mi querido Raül!...

Y temblorosamente se estrechaba a él, lleno de una alegría tan grande que casi le hacía daño.

Se habían sentado cerca el uno del otro y las manos del abate acercaban las del buen viejo, quien, vencido por su emoción, inclinóse de pronto sobre el regazo del sacerdote.

Estaba tan débil que no podía dominar sus impresiones, y en presencia de Raül, cuya elevación espiritual y entereza de ánimo conocía y admiraba, el Conde sentíase sacudido por esa congoja que hace sollozar lo mismo en la alegría que en el dolor.

En la misma casa en que vivía el cómplice de Rollin, hallábase instalado el joven matrimonio Rivat.

Pablo y Juana llevaban casados un año y eran todo lo felices que se puede ser. Pero las nubes rojas de la guerra llenaban ahora de luto sus corazones.

Soldado de la guardia, Pablo disponíase a unirse a sus compañeros, los defensores de París, cercado por los prusianos.

Ante los ojos asombrados de su mujer, limpiaba su escopeta alegremente, cantando y riendo, e interrumpiendo su tarea de vez en cuando para acercarse a su mujer y darle un beso.

— ¡Mira qué brillante la he dejado, querida! En verdad, es una hermosa arma, y no hay guardia nacional que la posea mejor.

La mujer, una criatura encantadora, cuyos ojos sabían mirar tan tiernamente que, sin pretenderlo, llenaban de entusiasmo a su marido, parecía turbada.

Pablo la abrazó efusivamente.

— ¿De qué tienes miedo?

— No lo sé... Pero tengo miedo.

El la cogió en brazos y se puso a recorrer la habitación, jugando con su mujercita como si fuera una muñeca, llenándola de besos, dando vueltas, gritando

de alegría por ser dueño de una mujer tan linda y tan buena, y deseando tranquilizarla, inspirándole la seguridad que él tenía.

Estoy seguro de que las balas me dejarán volver sano y salvo a tu lado. No quiero verte triste. A ver, rieta.

Le besó los ojos y las mejillas, volvió a correr con ella en brazos, y no consiguió hacerla reír. Cuando la dejó en el suelo, Juana apenas si sonreía tristemente.

Oyéndolos, Servando, que subía a su piso, dijo a mamá Verónica, una buena mujer que ayudaba a Juana en las faenas de la casa:

— Estos Rivat son una pareja deliciosa; en cuanto pillan una ocasión, ya se están acurrallando.

— No tiene nada de extraño; hace un año que se casaron.

Sí, no hacía más que un año. Y en plena dicha, la guerra venía a separarlos.

Angustada por los peligros a que su marido iba a exponerse, la joven no podía apartar sus ojos de aquel instrumento de muerte, de aquella arma que había limpiado Pablo y que la aterraba, porque ella sentía entonces latir la vida en sus entrañas, estando a su alrededor no veía sino mensajes y amuncios terribles de dolor y de sangre.

— ¡Es horrible! — decía a mamá Verónica instantes después. — Piense usted que él tiene que abandonarme en estos momentos en que mi hijo va a nacer.

— No seas niña... ¡No me ves a mí contenta! Pues tú también debes estarlo.

Y Pablo miraba a su niña apasionadamente, sonriéndole, mostrándole las filas de sus dientes blancos y

fuertes, tan simbolizadores de la vida y del vigor juvenil que parecían poder burlarse de la muerte.

Juana no contestó. Hacía esfuerzos por sonreír y luchaba por librarse de su miedo, de aquel miedo que sentía dentro de su alma y rodeándola por todas partes.

— Vamos, pequeña, ven aquí... ¿Me quieres?

Ella sintió que la sangre le aflujó al rostro, ante aquella pregunta que le recordaba los días pasados.

— ¿Qué, no me dices que sí?

Juana echó los brazos al cuello de su marido.

— Tengo miedo, Pablo... Tengo miedo, porque te quiero, ¿Qué sería de mí si tú murieses?

El hombre dió unos pasos atrás y contempló a su mujer.

— Mirame bien... ¿Tengo yo cara de morir?

Y antes de que ella pudiera responder, la levantó en alto, cogiéndola por la cintura y cubriéndola de caricias buenas, de caricias temblorosas de ternura, de caricias alegres y llenas de la música de los besos.

Pero ella no podía vencer su miedo. El amor de su marido, igual al que ella le profesaba, y la esperanza magnífica del fruto concebido de aquellos amores, aumentaba su angustia.

La vida no razona. Nadie puede prever el porvenir. Sobre la mayor dicha se lanza de pronto el pájaro negro de la desgracia para hundir sus garras agudas en los corazones palpitantes de felicidad.

Por eso Juana no podía sustraerse a su miedo. Su corazón encendido de amor temía a las garras fatídicas que podían desgarrarlo.

Al mismo tiempo, en Benestrange, el conde



— Tengo miedo, Pablo... Tengo miedo porque te quiero. ¿Qué sería de mí si tú murieses?

d'Areyne, al final de una noche de vigilia, ponía su sello a un sobre y se lo entregaba a su sobrino.

—He seguido tus consejos, mi buen Raúl, y he aquí mi testamento. Confío en ti para que mi última voluntad sea respetada.

—Ciertó que yo le aconsejé, contestando a sus preguntas —repuso el abate; — pero no podía suponerme que usted pusiera tan pronto en práctica las indicaciones que me permiti hacerle.

—No estoy seguro de mi salud... Me parece que ya no amanecerán para mí muchos días.

Raúl, ofreciendo su brazo al Conde para que se apoyase, quiso animarlo.

—¿Por qué piensa usted en morir?... Usted está fuerte aún, querido tío.

El señor de Feneustranges movió la cabeza dubitativamente. Aunque no se encontraba mal, tampoco se sentía bien.



Pocos días después, la revolución estallaba en París. Por las calles de la capital de Francia cruzaban las huestes rojas levantando barricadas para hacer frente a los soldados gubernamentales.

Sola en su casa, presintiendo próximas su maternidad, Henriette Rollin oía el ruido siniestro de las descargas y pensaba en el hijo que iba a nacer sobre aquel volcán de odios.

Y en otra casa, Juana Rivat, lleno el pensamiento del marido ausente, debilitada y triste, era víctima de espantosas alucinaciones.

La noche había sorprendido en el recogimiento

sombrio de su piso, sin que nadie estuviera a su lado. Herida por angustiosos presentimientos su alma de mujer sencilla, vivía horas de terror.

Llegaban de la calle los rumores de los primeros disturbios. El choque de los hombres, lanzados unos contra otros, en un frenesí de locura, incendiaba el espacio de rojos resplandores y rompía el silencio con el estruendo de los disparos.

Juana, con la cabeza oculta en las manos, rodeada de sombras, seguía con el pensamiento a su marido.

¿Dónde estaría en aquellos instantes?

Poco a poco fuéronse proyectando en las tinieblas las larvas luminosas de la alucinación. En la turbación de su espíritu, ella hizo nacer horribles visiones. Y lanzó un espantoso grito, creyendo ver a la Desgarrada que avanzaba con su hoz segadora de vidas.

— ¡Pablo! — gimió. — ¡Tengo miedo!

Tapóse los ojos, pero a través de las manos, los ojos de su alma seguían viendo el horrendo espectro que giraba a su alrededor envuelto en blanco sudario.

Levantóse para huir, corrió enloquecida por la habitación y, exhausta, agotada, deshecha, sintiendo como se encarnizaban en su cuerpo los dientes de la locura, cayó exánime, debatiéndose en horribles convulsiones.

Perdido el conocimiento, dormida su sensibilidad, no se dió cuenta de cómo mamá Verónica la acostaba en su lecho.

Tardó dos horas en volver en sí. Abrió los ojos y miró en torno. Un latido de sus entrañas la dió la

noción de su realidad, y la joven sintió acercarse la hora en que su amor tendría la consagración del nacimiento de un hijo.

Había cerrado la noche. Por el corredor de la casa avanzaba un hombre. Su paso producía un ruido sordo, que se fué agrandando, agrandando, hasta dar un sonido profundo como si caminase por la cavidad de un túnel.

Y aquel ruido llegó hasta la enferma, poniendo otra vez en su alma el loco sobresalto del miedo.

La señora Verónica dejó un instante sola a Juana. Había oído entrar a Duplat y quiso saber por él noticias de Pablo.

— ¿Sabe usted algo del guardia Rivat?

Servando tuvo un movimiento de hombros, algo como un gesto de indiferencia.

— Su pobre mujer no hace más que llamarlo.

— ¡Ah, sí, ahora recuerdo! — dijo Servando. — Cree que lo han herido gravemente en el combate de esta mañana.

Mamá Verónica enjugóse los ojos.

— ¡Qué desgracia! — lamentó.

Y, en seguida, volvióse a reunir a Juana, quien, incorporada en el lecho, pálida y desorbitada, tendía los brazos gritando:

— ¡Pablo! ¡Pablo!... ¡Por qué me dejas sola?... ¡Tengo miedo!... Vuelve al lado de tu mujercita... ¡Pablo!

El esfuerzo de estos gritos consumió sus energías y la pobre jovencita cayó rendida, respirando fatigosamente.

Había comenzado el reinado de la «Comunes».

La furia revoltosa sembraba la muerte en las calles de París. Era como un deseo de destruir todo lo existente, después de la trágica hecatombe de la guerra, con el afán ingenuo de edificar una ciudad nueva, con unos hombres nuevos, que, antes de surgir a esta vida, recibirían el bautismo de la sangre y del fuego.

Por aquellos días llegó a París el abate d'Arcyves, que se dirigió a casa de su prima en seguida, deseoso de comunicarle las noticias que traía.

El matrimonio Rollin oyó las nuevas de la salud del Conde, y la mirada torcida, el ceño fruncido y la expresión hosca de Gilberto, revelaron el mal efecto que le producían las impresiones que Raúl les daba acerca de la salud de su tío.

Llamaron a la puerta. Gilberto salió a abrir. Era mamá Verónica la que había llamado.

— ¡Viene usted a enterarse del estado de Pablo Rivat? — preguntó él, que ya conocía a la anciana por referencias de Servando.

— Sí, señor... Su mujer se encuentra mal y quisiera saber algo de su marido.

— Pase usted y espere.

Rollin estaba inquieto por lo que el abate y el Conde hubieran podido acordar en Feneustranges. El conocía la mala voluntad del tío de su mujer y temía sus consecuencias.

Raúl descubría entonces a su prima la novedad que venía a traerle:

— Siguiendo mis indicaciones, maestro tío ha nombrado heredero de todos sus bienes al hijo que ha de nacer de tí... Esta es la copia del testamento; no estará de más que lo conozcas.

Henriette tomó la copia que le ofrecía su primo y pasó por ella sus ojos.

En su despacho, Rollin decía en tanto a la afligida mamá Verónica:

—Según mis informes, Pablo Rivat fué herido ayer gravemente... Se encuentra en el hospital.

La buena mujer sollozó:

—¡Y qué va a ser de Juana!... ¡Qué pena, señor, qué pena!

—Si se muriese, a la viuda se le daría una pensión.

Toda llorosa, mamá Verónica salió del despacho.

Al volver hacia la habitación en que se encontraban el abate y Henriette, Rollin oyó decir a su mujer:

—¡Por qué dice aquí que Gilberto no podrá administrar la fortuna de mi hijo?

Rollin empujó la puerta y plantóse delante de Raúl.

—Sin duda alguna, abate, este testamento es obra de usted.

—Léelo — ofreció su mujer.

Y la mirada de Gilberto recorrió pausadamente las disposiciones testamentarias del Conde:

«Por el presente acto testamentario, yo, Manuel d'Areynes, sano de cuerpo y de espíritu, nombro heredero universal de mis bienes, que constituyen un capital de cuatro millones quinientos mil francos, al hijo que ha de nacer de mi sobrina María Henriette Rollin...»

Gilberto hizo una pausa, satisfecho de aquel principio, y prosiguió:

«En el caso de que el hijo de Henriette Rollin, concebido, pero no nacido a la hora en que escribo estas líneas, naciera muerto, o se muriera a poco de

nacer, el capital será dividido en cuatro partes, que serán repartidas entre las comunidades siguientes...»

Gilberto estrujó el papel. No quiso leer más. Durante unos instantes, las manos crispadas, los dientes apretados y los ojos llenos de cólera impotente, dijeron lo que sentía su alma. Al fin, encontró palabras para hablar:

—Gracias, abate... por la defensa que ha hecho usted de nuestros intereses.

Sin recoger la ironía, el abate replicó:

—He hecho lo que creí que debía hacer.

Acto seguido se levantó, deseando poner término a la actitud violenta de Gilberto.

—Me marche, Henriette. Sé que hay muchos heridos en los hospitales y pocos enfermeros para cuidarlos... Tú debes refugiarte en las cuevas; todas estas calles sufrirán mucho mientras dure la lucha.

Sin pararse a considerar los riesgos a que se exponía atravesando París incendiado por la lucha, Raúl d'Areynes dirigióse al hospital de sangre, donde Pablo Rivat, herido en los últimos combates, presentaba que su último fin estaba cercano.

La presencia del abate despertó un deseo en Pablo, que rumoreó, llamando al doctor:

—Decidle al señor abate que deseo hablarle...

Aquel hombre, lleno de juventud días antes, inclinábase envejecido por el dolor, con el pecho desgarrado por la metralla y turbios los ojos por las sombras de la muerte.

—Sé que voy a morir y quiero hacerte un ruego — dijo débilmente al abate cuando lo vió cerca de su lecho.

El sacerdote trató de infundirle alguna esperanza.
— ¡Ah, Dios mío! ¡Mi mujer, mi pobre mujer!... —
sollozó el herido.

Las balas no le habían respetado, como él, en la



— Gracias, abate, por la defensa que ha hecho usted
de nuestros intereses.

Ilusión de su vigor, había creído. Sentíase morir lentamente y pensaba en su pequeña, en su mujercita, en su deliciosa compañera, que iba a darle un hijo que él no conocería nunca.

— ... Se llama Juana Rivat — murmuró, haciendo esfuerzos enormes para que Raúl pudiera oírle. — A estas horas debe ser madre... Yo desearía verla antes de morir... Pero no puede ser... ¡No la veré jamás!...

Un roncó sollozo abrió las heridas del moribundo, que gimió dolorosamente:

— ¡Cuánto sufro!

Raúl lo reclinó sobre las almohadas, para que se repusiera. Hubiera querido poseer un caudal de palabras piadosas capaces de consolar la agonía de aquel hombre, que se moría con la enorme pena de su juventud llena de amor, con la enorme pena de sentirse padre y no poder besar a su hijo...

Por las ventanas del hospital entraba la luz mortecina de un día gris, húmedo y frío.

La gran ciudad temblaba de pavor por la siniestra lucha en que sus hombres se destruían unos a otros.

Las vidas humanas no parecían tener valor alguno, y por las calles pasaba una y otra vez la muerte amontonando sus víctimas.

Rehuyendo los peligros de la lucha, los veci os reclusaban en las cuevas de las casas.

También Henriette había buscado este refugio, y en su lecho de enferma esperaba el instante glorioso del sacrificio que debía otorgarle las alegrías puras de la maternidad.

Gilberto la velaba, tranquilizándola:

— No te asustes; estamos en silfo seguro. Las balas no pueden foradar estas paredes.

Aquella seguridad calmó un poco a la mujer, las balas que no habían respetado a Pablo Rivat,

a ella no podían alcanzarle. Estaba a salvo de su peligro, como no lo estuviera el marido de Juana el día último.

El herido, apenas recobradas las escasas energías que le quedaban, volviera a incorporarse para decir a Raúl:

— Si yo muero, mi hijo no tendrá padre... ¡Prometédme que protegeréis a mi mujer y a mi hijo!... Sólo haciéndome esta promesa moriré tranquilo...

La vida le iba faltando. Abandonándole las fuerzas. Sus manos convulsas buscaban apoyo en las manos del sacerdote.

— ¡Oh, Dios!... ¡Mi mujer!... ¡Qué feliz he sido... con ella!...

No dijo más. Un último suspiro entresbrió sus labios y Pablo Rivat dejó de vivir.

Piadosamente, el sacerdote cerró sus ojos; y, ante el cadáver, alzó la mano como para poner a Dios por testigo de su promesa:

— ¡Duerme en paz, inocente víctima de la mayor de las infamias, la guerra!... ¡Yo protegeré a tu mujer y a tu hijo!

Horas después, Henriette Rollin daba a luz un niño, que moría a poco de nacer.

Bajo la acción de una ardiente fiebre, ella no se daba cuenta de nada. Pero Gilberto, sí; él pensaba que aquella muerte suponía la pérdida de una fortuna y la prolongación indefinida de la negra miseria que los rodeaba.

— ¡Y mi hijo? — preguntó Henriette delirando. Rollin no vaciló en contestar:



— El niño está bien... duerme... Procura tu descansar.

— El niño está bien... duerme... Procura tú descansar.

Transcurrieron algunos instantes. La crisis de desesperación de Gilberto por el fracaso de sus ilusiones, calmóse de pronto... Como una nube negra por el cielo azul, por su pensamiento acababa de pasar una idea siniestra, extraña, terrible.

El no tuvo miedo de su pensamiento, al que puso las alas de la imaginación para que galopara desenfrenadamente.

— Necesito a Duplat — dijo en voz baja. — ¿Dónde encontrarle?

Se inclinó sobre su mujer. Henriette dormía. Cautelosamente, Gilberto deslizóse fuera de la cueva.

A aquellas horas, Servando Duplat, que se había comprometido a pasarse, con los treinta hombres que mandaba, a los elementos revolucionarios, recibía la visita de un representante del Comité que iba a negociar con él su defección.

— No seas cobarde!... Te damos 5,000 francos, y por 5,000 francos bien vale la pena arriesgarse un poco... Ahora que, si en el último momento nos traicionas, te mato.

Duplat dudaba. Los 5,000 francos eran una cantidad tentadora para su codicia; pero se estremecía al oír el ruido de las descargas. ¿Tenía miedo?

La erupción del volcán insurreccional aumentaba sus estragos... París temblaba sacudido por una brutal conmoción... Fue aquel un período grotesco y terrible a la vez, especie de carnaval sangriento, con sus grandes hombres y sus generales improvisados, y sus días de terror, de pillaje y de crimen...

Más que convencido, arrastrado por el representante del Comité revolucionario, Duplat salió a la calle, llena de humo, convertida en campo de lucha, cruzada por los silbidos de las balas y sacudida en sus cimientos a consecuencia de las explosiones.

Los dos hombres se detuvieron. Comenzaba a amanecer y el redoble de los tambores de la Guardia hacía oír la alarma, llamando a combatir a los leales.

Un rayo rasgó el espacio, una llama cegó los ojos y, a pocos pasos de Duplat, abrió su boquete una granada, salpicando su hierro en todas direcciones.

Enloquecido de espanto, Servando, desprendiéndose del revolucionario, echó a correr, saltando por encima de los escombros, oyendo el largo salido de las descargas y el estruendo de los cañonazos.

De cuando en cuando derrumbábase la techumbre de una casa, y sus paredes, incendiadas por la explosión, enviaban sus llamas al cielo.

Negras aubes de humo ascendían a lo alto; por todas partes tropezábase con cascos, cureñas, escombros regados de sangre, restos de armamentos y gentes que huían sin saber a dónde.

Servando paróse al fin cerca de unas tapias, y de entre los restos de una casa derribada vió surgir a Gilberto, que iba a su encuentro.

Por todo París extendíase la revolución; en las calles de Montmartre y de Belleville la lucha se hacía cada vez más enconada.

Y en aquel ambiente en que se respiraba el horror de los combates, Gilberto dijo a su cómplice:

— Tenemos que hablar sin pérdida de tiempo...

Mi mujer ha dado a luz un niño, que ha muerto a los pocos minutos de nacer...

Sorteando los obstáculos que a cada paso surgían en su camino, llegaron a casa de Rollin, y subieron al primer piso. Esta era una precaución de Gilberto para que no los oyera su mujer.

Sentados frente a frente, Rollin reveló claramente sus propósitos:

— Necesito un niño recién nacido... Tú tienes que proporcionármelo. De que lo tenga o no depende el que herede al conde d'Arcyues.

Duplat rascóse la cabeza.

— Mal negocio me propone usted...

Gilberto dióle a leer la copia del testamento.

— ¡Cuatro millones quinientos mil francos! — exclamó Servando con estupor al enterarse de la cuantía de la herencia.

— ¿Qué, te decides a facilitarme un recién nacido?

— ¿Dónde buscarlo?

— Eso es cosa tuya.

Duplat reflexionó unos instantes.

— Ahora me acuerdo — dijo de pronto. — Mi vecina, Juana Rival, esperaba también tener un hijo... el que nos hace falta... Todo depende del precio...

— ¿Aceptas si te ofrezco 100,000 francos? Es necesario que tomemos una resolución inmediatamente.

— ¡Hum!...

Servando hizo sus cálculos.

— Cien mil... ¡Pobré! No es mucho...

Luego, cambiando de ideas, observó:

— El marido de Juana debe haber muerto. ¿No

estuvo a verle a usted el otro día mamá Verónica para pedirle que intercediera a favor de la viuda?

Gilberto recordó aquella visita.

— Ciertó; anteayer fué.

— ¿Y si no se muere el Conde? — Inquirió Servando. — Entonces no cobro, y, en cambio, me juego muchas cosas.

— De acuerdo; si el Conde no se muere, no hay herencia... por ahora. Pero yo te firmaré un pagaré reconociéndome deudor por esa cantidad.

Rollin se levantó y paseóse agitadamente con las manos a la espalda.

— Esto es la copia del testamento del Conde — dijo, volviéndosela a mostrar a Servando. — Tráeme un niño que sustituya a mi hijo, y los millones del tío de Henriette serán algún día míos.

Sin dudarle más, Duplat repuso:

— ¡Hecho! Extienda usted el pagaré.

Gilberto escribió:

«Declaro deber a Servando Duplat la suma de cien...»

— Cien es poco — le interrumpió Servando. — Cincuenta mil me hacen la cuenta redonda.

Rollin aumentó la suma en lo que se le pedía.

— Y ahora, de prisa.

Salieron. En el umbral de la puerta de la calle, Duplat quiso apoderarse del recibo.

— No, cuando me hayas traído el niño — prometió Rollin.

Se estrecharon las manos.

Y aquellos dos hombres, unidos por un fatal designio, convinieron el más odioso de los pactos para rea-

fixar el crimen horrendo de despojar a una madre de su hijo.

Fué en la mañana del 25 de mayo de 1871, tres horas antes del encuentro de Gilberto y Servando, cuando, después de una crisis de horribles sufrimientos, Juana Rival dió a la luz de la vida dos niñas, dos gemelas que mamá Verónica recibió en sus brazos, otorgándolas el beneficio del primer sueño meciéndolas en una cuna.

Durante la noche, las tropas de Versalles habían invadido Montmartre y las piezas de artillería arrojaban su metralla contra los acorralados federales, provocando incendios y llenando de terror el alma torturada por toda suerte de temores de la parturiente.

El nombre de Pablo salía a cada instante de sus labios. Ella lo llamaba. Quería mostrarle sus hijas.

Mamá Verónica tuvo que salir, dejando sola a la madre.

A media tarde la lucha arreció por aquel lado y los disparos incendiaron el piso en que vivía Juana, que se desmayó una vez más ante aquel nuevo peligro.

El fuego iniciábase en los pisos superiores de la casa, y las llamas no tardaron en apoderarse de todo el edificio.

El abate d'Areynes, cumpliendo la promesa hecha al muerto, llegó en un momento supremo. Las escaleras estaban invadidas por el humo. Oíase los chasquidos de la madera y el ruido de las paredes al desplomarse.

Con su valor sereno, Raúl alcanzó el piso de Juana,

entrando en la habitación donde se hallaba la pobre mujer y las niñas, rodeadas ya por el fuego.

De pronto otro hombre, avanzando por entre el humo y las llamas, acercóse al lecho de la enferma, tomó en sus brazos la cuna de las niñas y desapareció. Era Servando Duplat.

Y el abate, creyendo haber presenciado un acto heroico, corrió a salvar a la madre.

La pobre mujer continuaba desvanecida. Cargada con ella, Raúl bajo las escaleras. Ya estaban en el portal. Pero al ir a ganar la calle, una bala de obús les sorprendió en su camino y, alcanzados por la explosión, los dos cayeron heridos gravemente.

Mientras en las calles proseguía la lucha furiosa y el bombardeo redoblabá su intensidad, Rollin consumió de impaciencia esperando a su cómplice.

Al fin lo vió aparecer con la cuna y le hizo una seña para que no despertase a su mujer, que dormía aún con el sueño de la fiebre.

Rollin acercóse a Duplat y alzó el paño que cubría la cuna.

— Pero... ¿para qué me traes dos? ¡Yo no necesito más que uno!

Servando rióse con zumba; él no sabía tampoco que en la cuna hubieran dos recién nacidos.

— ¡Es posible! — exclamó.

— Mirálos.

Duplat inclinóse sobre la cuna.

— Pues es cierto. ¡Y qué hacer?... Hay que quedarse con los dos. En último extremo, esto obligaría al conde d'Areynes a hacer nuevo testamento, dividiendo su fortuna en dos partes.



—Pero... ¿para qué me trases dos? ¡Yo no necesito más que uno!

— ¡Qué simple eres, Duplat! Esto tiene buen arreglo... Mañana te llevarás el que sobre a la Asistencia pública, donde lo inscribirás como hijo desconocido de alguna mujer muerta hoy durante el bombardeo.

— No se me había ocurrido; eso estará bien.

— Y ahora — prosiguió Gilberto mirando hacia el lecho de su mujer — llévatele arriba, y espérame. Por fortuna, Henriette no ha salido aún de su desvanecimiento.

Quedándose con una de las niñas, Rollin substituyó a su hijo muerto en cuanto Duplat salió. Luego, tomando en brazos el pequeño cadáver, dejó la cueva, y en la tierra de uno de los corredores subterráneos que conducían a la puerta de la calle, abrió una fosa.

Y fueron sus manos — manos hechas para la violencia y el crimen — las que enterraron el hijo muerto.

A punto de concluir su macabra tarea, la sombra de Servando proyectóse en la pared: Gilberto levantóse bruscamente.

— ¡Qué vienes a hacer tú aquí!

— No se enfada usted... Uno es un poco curioso y le agrada enterarse de las cosas.

Rollin miraba a su cómplice con odio. Duplat trataba de sonreír humildemente.

— Bueno, yo creo que ya he cumplido. Ahora cumples usted, entregándome el pagaré por ciento cincuenta mil francos, precio de mi trabajo.

— Ahí va... Suba otra vez a mi casa, y espérame.

Gilberto volvió a la cueva y sentóse cerca del lecho de su mujer, que despertó instantes más tarde.

Henriette tendió los brazos a su marido.

— Dame el niño... Quiero tener a mi hijo cerca de mí, entre mis brazos.

La crédula madre estrechó a la criatura, que le entregó su marido, con toda su efusión maternal.

— ¡Qué dichosa soy! — dijo.

Y con el niño en brazos volvió a dormirse, sintiendo cómo su debilidad la mecía, robándole luz a los ojos y fuerza a las palabras.

Rollin aprovechó esta circunstancia para reunirse con su cómplice en el piso de arriba.

Ya se apagaban en la distancia los rumores de la lucha; apenas si el fogonazo de algún disparo enrojecía la livida claridad de la mañana, cuando Rollin ordenó a Duplat que se llevara a la Asistencia pública el otro hijo de la infortunada Juana Rivat.

— No se va a nadie en la calle — previno Gilberto, alzando el visillo de una ventana.

Servando cogió la cuna y se encaminó a la puerta.

— ¡Trá usted a inscribir a la otra niña! — preguntó.

— Allí nos veremos.

Eran las nueve de la mañana, hora en que se abrían las oficinas de la Asistencia pública.

Servando, con aire de buena persona, apareció con la hija de Juana Rivat, y refirió una fantástica aventura a los encargados del Registro.

— ¡De modo que el niño no es suyo! — le preguntaron.

— ¡Ah, no, señor! — denegó Servando. — Este niño me lo encontré ayer en la calle.

— ¡Cómo puede ser eso?

— Muy sencillo: las cosas ocurrieron de la manera siguiente... El combate de la noche de ayer me sor-

prendió en el camino de mi casa. Se peleaba por allí que era un alabar a Dios. ¡Cristo, qué salsa de tiros! Bueno, pues de pronto vi a una mujer que gritaba como una loca. Me acerqué a ella y la pobre me dijo, señalándome el balcón de una casa ardiendo: «Mi hijo se ha quedado arriba. ¡Sálmelo usted!» No anduve pensándolo; me encaramé a la casa y, aunque dos o tres veces estuve expuesto a sucumbir en aquel infierno, con la ayuda de Dios logré salvar al pequeño.

Realmente inspirado, con palabra fácil y gesto suelto, Duplat refería aquella fantástica historia a los funcionarios de la Asistencia pública, que le oían con tanto asombro como emoción.

— Cuando llegué a la calle con la chiquilla — prosiguió Servando — la madre se estaba muriendo. Déjeme que lo bese antes de morirme, me pidió, y allí quedó sin vida, tirada en la calle. Entonces yo me llevé el niño a mi casa y estuve esperando a que fuera de día para traerlo aquí... Esto es todo.

Al concluir su relato, Duplat fué halagado con todos los elogios.

— Su conducta merece todos los aplausos — le dijo el jefe estrechándole la mano. — ¡Se ha conducido usted como un héroe!

Modestamente, Servando contestó:

— Uno es un pobre, pero hace lo que puede.

Y se puso a mecer a la pequeña, arrullándola.

— Si no fuera soltero, me quedaba con ella. ¡Me gustan mucho los niños! ¡Pero quién iba a cuidarlos mientras yo estuviese en el trabajo? ¡Es una lástima que no esté casado!

— Verdaderamente — confirmó un funcionario.

Poco después Servando inscribía la niña en la oficina de nacimientos con el nombre de María Rosa, que fué el primero que se le ocurrió.

Y el mismo crimen que arrojaba una de las niñas robadas a la Inelusa, iba a conceder a la otra los favores de un nombre y de una fortuna.

Como había anunciado a su cómplice, Rollin se presentó a inscribir la otra niña.

Los dos hombres se miraron un instante y sonrieron.

Luego, seguro el pulso, sin que remordimiento alguno sobresaltase su ánimo, Gilberto firmó el acta de nacimiento de la hija de Juana, que quedó inscrita con el nombre de María Blanca Rollin.

III

LA RONDA DE LA MUERTE

Temeroso y con el pagaré en el bolsillo además de una cantidad adelantada, Duplat marchóse a Champigny, donde vivía su amante. La casa de su amiga ofrecíale un refugio seguro para permanecer oculto mientras durasen las persecuciones policíacas, organizadas contra los revolucionarios a consecuencia de los últimos sucesos.

El movimiento de la «Commune», después de costar ríos de sangre, había sido ahogado por el Gobierno, comenzando entonces una era de represalias en la que

se hicieron enormes redadas de hombres, fusilados luego en su mayoría.

Había vuelto a renacer la tranquilidad en París, y Gilberto volviera a trasladarse a su piso con Henriette.

A pesar de su falta de sentido moral, Rollin sentíase inquieto, y su imaginación alucinábase con las escenas de su bárbaro atentado a la dignidad humana.

A la cabecera de la enferma, tratando de distraerse con la lectura, su conciencia despierta lo perseguía, poniendo ante sus ojos el recuerdo del instante en que Servando le sorprendiera enterrando el cadáver de su hijo.

No eran los remordimientos lo que le atormentaba, sino el temor.

Miró la niña que dormía en la cuna, a María Blanca, la futura heredera del conde d'Arcyues.

Aquel no era su hijo, sino el de Juana Rivat; pero la pequeña María Blanca representaba la fortuna, y esta consideración bastaba a Gilberto para que la tranquilidad volviera a su espíritu.

Sin embargo, sentía la obsesión de la complicidad de Servando, como un peligro del que necesita salvarse.

Dominado por esta idea fija, entró en su despacho y sentóse a su mesa. Con la cabeza apoyada en las manos, meditó unos instantes. Luego, una sonrisa de satisfacción extendióse por su rostro. Se frotó las manos satisfecho y dijo:

— Pronto, no hay que vacilar. Es la única manera de librarme de él. Si no lo hago, puede darme un disgusto.

Cogió pluma y papel, mordióse las uñas y escribió:

«Sr. Comisario de Policía de la Roquette,
París.

Todo hombre de honor se debe a sí mismo la satisfacción de que los miserables que durante la «Commune» aserraron y ensangrentaron la capital de Francia, sean perseguidos y castigados.

Servando Duplat es el nombre de un incendiario y asesino, que ejecutó órdenes del Comité central. Restablecido el orden, este miserable se ha escondido en casa de una mujer de vida desordenada, llamada Palmira, que vive en Champigny.

Justicia será hecha si el infame Duplat es detenido y castigado como lo merecen sus crímenes.»

Escrito este anónimo, Gilberto salió, encaminándose a la iglesia de San Sulpicio. Acababa de enterarse de que Raoul d'Areynes había sido herido el día anterior al intentar salvar a una mujer.

— Si se muriese — se dijo Rollin — no podía pedir nada mejor... Ese hombre ha de ser siempre un obstáculo entre el Conde y yo.

En la casita del sacerdote reinaba un silencio absoluto; sólo se oían esos vagos rumores, esas voces calladas que producen las personas que rodean a un enfermo.

Rollin no subió al piso. En la misma iglesia le dijeron:

— El señor abate está muy grave; se desconfía mucho de que pueda salvarse.

— ¿No podría verle? — preguntó Gilberto, que hubiera querido darse cuenta por sí mismo de la importancia del mal.

— El doctor ha prohibido terminantemente que

las visitas entren en su alcoba; cualquier emoción podría serle fatal.

Rollin salió de San Sulpicio persuadido de que su primo no viviría mucho. Acordándose de Duplat, pensó:

— Vamos a ver lo que pasa. Mi anónimo ya debe haber surtido efecto.

La planchadora amiga de Servando había llegado de la compra y encontró esperando a su amante.

— ¿Qué se dice por ahí?

— La policía está haciendo muchas detenciones... Creo que debías ponerte a salvo, marchándote a Suiza.

— En tu casa estoy seguro.

— Allí tú — repuso Palmira.

Tengo que esconder el dinero en lugar seguro, donde no pueda encontrarlo ni Palmira — se dijo Servando.

La casa estaba rodeada por un jardín abandonado. Duplat miró hacia el campo, buscando un sitio para ocultar su dinero y el recibo de Rollin. Descubrió un árbol, cuyo tronco medio se ocultaba rodeado por la maleza y, saltando por la ventana, desapareció.

Un cuarto de hora después, volvía por el mismo sitio.

— Ahora, aunque me ojan — se dijo — no podrán quitarme ni el dinero ni el recibo. De todos modos, no creo que la policía piense en mí.

Pero se equivocaba. El comisario de la Roquette, respondiendo al anónimo de Rollin, había enviado a dos agentes a Champigny para detener a Servando.

Un hombre, con aspecto de perdidosero, que vigilaba el camino de París, al ver a los policías se hizo el contradictizo con ellos. Los agentes le interpellaron:

— ¿Sabe usted dónde vive una planchadora llamada Palmira?

Bajo el disfraz de sus barbas postizas el hombre sonrió.

— ¡Ven ustedes aquella casa! — dijo señalando un edificio con traza de vivienda campesina. — Pues llamen a la puerta; allí vive la planchadora.

El pordiosero entró en un cafetín, sentándose cerca de una ventana que daba al campo, y siguió a los agentes, que se detuvieron delante de la puerta que les habían indicado.

Llamsen. Desde dentro, Duplat preguntó:

¿Quién va?

No le contestaron. Aproximóse a la ventana y descubrió a los agentes. No era posible escapar. Entonces decidióse a abrir. Cogido entre los policías, quiso resistirse.

— ¡Por qué se me detienen! ¡Juro que soy inocente!

Reducido a la impotencia y esposado, protestó nuevamente:

— Ustedes se equivocan. Yo soy un hombre honrado.

— Eso ya lo veremos — repuso uno de los agentes.

Y viendo salir a Servando, custodiado por la policía, Gilberto, arrancándose las barbas con que se había disfrazado, exclamó:

— ¡Ah, Duplat! ¡Si tú supieras a quien debes el favor que te acaban de hacer!...

..

En los últimos meses, la mejoría del conde d'Areyne había se acentuado de tal manera, que su restablecimiento parecía casi completo.

Libre de las trabas que a sus costumbres impusiera su buen amigo el doctor Pertuiset, el señor de Fenestranges volvía a reanudar su antigua existencia.

Un poco inquieto porque llevaba muchos días sin recibir correo de París, dijo a su mayordomo:

— Estoy preocupado; el abate quedó en escribirme y no recibo noticias suyas.

— El señor abate habrá escrito; pero los sucesos de la «Commune», seguramente, han interrumpido los servicios — repuso el mayordomo. — Por suerte, según los últimos telegramas, el Gobierno ha logrado reprimir el movimiento revolucionario y pronto se normalizarán las comunicaciones.

— No sé, no sé... Acaso conviniera ponerle un parte preguntándole lo que le pasa y enviar otro, al mismo tiempo, a mi sobrina Henlette.

— Eso sería agustarlos con una alarma infundada. El señor Conde no debe inquietarse... Esperemos todavía unos días.

En esta inquietud pensaba Rollin, quien, habiendo regresado a su casa al ser detenido su cómplice, hacía el siguiente cálculo:

— Duplat preso; ¡buena cosa!... El abate gravísimo; ¡magnífico!... Sólo me hace falta que el Conde se muera.

Rollin recordaba lo que le dijera Emil acerca del peligro que cualquier emoción fuerte podía representar para su tío, y la idea de provocar en el espíritu del anciano un choque terrible, capaz de matarlo, recalentó su pensamiento enturbiado por la codicia.

Tenia en sus manos el testamento, su preocupación incesante. Volvió a leer las cláusulas de aquella dis-

posición que, a pesar de sus condiciones, podía poner en sus manos una enorme fortuna. Verdad que él no la administraría, por expresa prohibición del Conde; pero siendo la usufructuaria su mujer, estaba seguro de ser él quien dispusiera de los millones.

Lo que me hace falta es que el Conde se muera — volvió a decirse.

Deseaba esta muerte; sentía la necesidad de provocarla.

— ¡Una emoción fuerte! — pensó. — Por ejemplo, la noticia de la muerte del abate.

Tuvo que reprimir un grito de alegría. Había encontrado lo que buscaba. Sentóse de nuevo a la mesa y redactó una carta, que se apresuró a echar al correo.

El abate, sin embargo, no se hallaba en el extremo de gravedad que Rollin suponía.

Durante ocho días, el doctor Leblond había permanecido a la cabecera del sacerdote, esperando que se declarara una crisis favorable y que remitiera la fiebre que sufría el herido.

Al fin una mañana, la misma en que Gilberto escribió al Conde, el doctor anunció al ama de llaves de Raúl:

— Demos gracias a Dios; dentro de un mes, si no sobreviene alguna complicación, el señor abate estará curado.

La ciencia del cirujano Leblond había hecho maravillas. A este buen resultado ayudó, en buena parte, la vigorosa constitución de Raúl.

No obstante, al volver en sí, el pensamiento del enfermo parecía indeciso, como si flotara entre nubes,

y en los accesos de fiebre manifestábase a veces un ligero delirio.

Viendo que el herido lo reconocía, el doctor le habló:

— Hay que obedecernos: inmovilidad completa, mutismo absoluto, obediencia pasiva, y yo respondo de todo.

La última impresión que el abate recibiera antes de ser herido, iluminó su espíritu.

— ¡Y Juana Rivat! — preguntó. — ¡Qué ha sido de ella?

— Juana Rivat se encuentra bien — apresuróse a decir el doctor. — No hable usted; se lo exige como médico y se lo ruego como amigo.

El abate guardó silencio. Apenas si podía pensar. Sentía pesada la cabeza y sus miradas se extrañaban como si sufrieran vértigos. Reculó en una butaca y cerró los ojos.

Como visiones fugacísimas de las que casi no podía darse cuenta, pasaban por delante de él las escenas en que interviniera durante el último día de la Comuna. Y de todas las imágenes que se representaban en su alma, sólo se destacaba, entre sombras, la de Juana en su lecho de parturiente rodeada por las llamas, la de Duplat saltando en medio del fuego y llevándose la cuna y luego algo confuso, una mezcla de humo y ruido con una vaga sensación de dolor y de sangre...

A los dos días de esta crisis, que presagiaba la curación, en Fenestrange el conde d'Arcyones dispárase muy de mañana a dar un paseo a caballo...

— Hoy me encuentro muy bien, querido Raimundo, y quiero atravesar el bosque.

— No sé si le convendrá al señor — expuso cariñosamente el guarda. — El bosque es muy húmedo.
— No importa; anda, ayúdame a montar.



— Hoy me encuentro muy bien, querido Raimundo, y quiero atravesar el bosque.

Seguido del guarda, el Conde atravesó el parque. El conserje, que esperaba para abrir la verja, le entregó una carta.

— Correo de París para el señor Conde.

El señor de Fenestranges tomó la carta y dijo al guarda:

— Puedes pasarte por casa de mi mayordomo y saludar a su señora, en mi nombre; luego, me esperarás en la otra linde del bosque.

Cerróse la verja a sus espaldas y los dos jinetes se separaron.

El Conde puso el caballo al paso, abandonando las riendas y rasgó el sobre de la carta, que decía así:

«París, 1 junio 1871.

«Respetable tío, muy querido:

«Tengo que comunicarle una noticia muy dolorosa, que ha de llenar de angustia su corazón y de lágrimas sus ojos.

«Nuestro amado primo, el abate Raúl d'Areynes, el que con su extraordinaria caridad cristiana defendió cerca de usted la causa de nuestra pequeña María Blanca, acaba de expirar en estos momentos.

«Creo cumplir mi deber — deber penoso, ciertamente — dándoles a conocer esta catástrofe desesperante, esta desgracia irreparable...

«Dignaos, señor Conde y tío venerado, aceptar la expresión de la condolencia y del reconocimiento eterno de vuestro sobrino,

«GILBERTO ROLLIN.»

El Conde cerró y abrió los ojos repetidamente, releando la carta, y siempre sus miradas eran atraídas por estas palabras: *acaba de expirar en estos momentos.*

Un dolor agudísimo le oprimía el corazón. El mundo había desaparecido para él. No tenía noción de lo que

le rodeaba. Seguía el caballo su marcha perezosa, y el pobre viejo no sentía sino aquel dolor que lo lastimaba muy hondo, cada vez con más fuerza... Conservaba la carta en las manos, pero sus ojos ya no la leían.

¡...Acaba de expirar en estos momentos...

Veía estas palabras grabadas en su alma con caracteres de fuego.

Luego todo fué envuelto por las sombras. Dejó de ver, dejó de oír los ruidos del bosque y, moribundo, con el corazón roto por aquella noticia, cayó del caballo.

Raimundo, que vigilaba el paseo de su señor desde una altura, lo vio caer y corrió en su auxilio.

Cuando llegó al lado del Conde, éste ya no existía.

Con la ayuda de unos leñadores lo trasladó al castillo, y de nuevo fué avisado el doctor Pertuiset.

Rollin había conseguido lo que se propusiera. En París esperaba la confirmación de sus deseos, preguntándose:

— A estas horas mi tío habrá leído ya mi carta... ¿Qué impresión le causará?

No había podido ser más terrible. El anciano amaba mucho a su sobrino, para que su salud, quebrantada por las desgracias de su patria, resistiera aquel golpe.

— Ya no hay que tener esperanza (todo se ha perdido) — comunicó el mayordomo al guarda, instantes después de haber llegado el médico.

Con un abatimiento doloroso, Raimundo el guarda oyó la noticia, y sus ojos se llenaron de lágrimas. El, como todos los servidores del castillo, estaba unido

a su señor por un cariño tan grande como respetuoso.

— Pero ¿qué es lo que ha podido ocasionarle una muerte tan inesperada?

— Cuando yo me acerqué a él — explicó el guarda — en sus manos crispadas tenía esta carta.

El mayordomo cogió el pliego, estrujado en las convulsiones de la agonía por el Conde.

— Creo que fué su lectura lo que le ocasionó la muerte.

Los dos servidores pasaron sus miradas llorosas por la carta.

— ¡También ha muerto el abate!

Aquellos hombres, viejos ya, sintieron que algo se derrumbaba dentro de sus almas. Sus vidas habíanse deslizado en Fenestrange. Ellos vieron crecer a Raúl d'Arcy y conocieron sus gracias de niño y sus virtudes de joven. Confundían en un mismo afecto a tío y sobrino. Y he aquí que Raúl había muerto también.

— No estaría de más, Raimundo, que usted se fuera a París — indicó el mayordomo. — Aquí su presencia ahora es innecesaria.

— ¡Y si no fuera cierta la noticia de la muerte del abate! — exclamó de pronto el guarda.

Nada justificaba aquella suposición. Sin embargo, él sentía que se le agarraba al alma, como una última esperanza.

— Sólo el señor Rollin podía ser capaz de dar una noticia como ésta de este modo — añadió. — ¿Quién sabe si la escribió pensando en las consecuencias?

— No lo diga usted — corrigió el mayordomo. — Desgraciadamente, la noticia será cierta... Hoy mismo saldrá usted para París.



Entretanto, sin poder sospechar la odiosa verdad, la suplantación del cadáver de su hijo por una de las hijas de Juana, Henriette concedía toda su ternura a la niña que creía suya.

Ella amaba ahora más a su marido, y era inmensamente dichosa con aquella hija, a la que entregaba por entero sus horas.

Tenía esa inquietud constante de las madres que lo son por primera vez. Rondaba alrededor de la cuna, volando el sueño de la pequeña, cogiéndola en brazos en cuanto despertaba y dedicándole todos esos menudos cuidados que constituyen la alegría de la mujer que ha visto fructificar su amor.

Viéndola, Gilberto no podía sustraerse algunas veces a un extraño temor, que ensombrecía su mirada y cruzaba de arrugas su frente.

— ¿Estás triste? — preguntábale Henriette. — ¿Qué tienes?... No me expliques tus amarguras, cuando yo soy tan dichosa con tu cariño y con mi hija. ¿Acaso te inquieta nuestra actual miseria?

Rollin besó a su mujer.

— Tú eres buena, Henriette... ¡Muy buena!

Se calló, y ella no volvió a hacerle más preguntas. Su pequeña niña parecía removerse en la cuna. Acudió a su lado y comenzó a decirle esas palabras suaves y tiernas que se les dice a los niños aunque no pueden entendernos, pero que ellos parecen adivinar con la mirada clara de sus ojos muy abiertos.

Sonó la campanilla de la escalera.

— ¡Sales tú?

— Sí, yo voy — contestó Gilberto, poniéndose en pie precipitadamente.

Era un telegrama. Rollin lo leyó y guardósele con una íntima emoción, con una alegría oscura y proterva.

— ¿Qué es eso, Gilberto?

Henriette se le había acreado, turbadísima al ver que su marido trataba de ocultarle alguna dolorosa noticia.

— ¿Por qué te guardas el telegrama? No quieres decirme lo que pasa?

— No es nada, mujer... Una noticia que no te interesa...

— ¿Cómo no ha de interesarme? ¡Por Dios, Gilberto, dime la verdad! Presiento alguna desgracia.

Henriette suplicaba ardorosamente, llena de una indecible angustia.

— ¡No insistas! Tú no te encuentras en estado de recibir ciertas impresiones...

Estas palabras solo sirvieron para aumentar la inquietud de la mujer, que rogó de nuevo.

— Ya que te empeñas...

Ella arrancó el telegrama de las manos de su marido, que se le dejó arrebatar disimulando una torva sonrisa. Y Henriette leyó:

«Gilberto Rollin — Serván, 19 — París.

«Conde Mannel d'Areynes muerto, víctima congestión cerebral por lectura vuestra carta.

«Dr. PERTUISSET.»

La mujer dejó que el llanto afluyera a sus ojos.
— ¡Pobre tío! — gimió.

Y sollozó convulsivamente, porque ella amaba al Conde.

Horas más tarde, con el telegrama en el bolsillo, Rollin encaminóse a casa del abate.

Habían transcurrido seis meses desde la noche en que Raúl d'Areynes fuera herido.

Encontrábase ahora en franca convalecencia. Su salud, sin embargo, requería exquisitos cuidados.

El doctor Leblond no le abandonaba nunca.

El ama de llaves entró en el gabinete del abate con un poco de alimento.

Raúl hizo un gesto de desagrado. Sentíase inapetente y le molestaba hasta el olor de la comida.

— Obedezca a la señora Magdalena, querido abate. Los enfermos no deben tener otra voluntad que la de los que los cuidan.

Sumiso a la orden imperiosa del doctor, Raúl tomó la taza de caldo que le ofrecía su criada.

Estaba aún muy débil, y pasábase los días, rendido en una butaca, en silencio, mirando en torno, como si poco a poco fuera recobrando la noción de la realidad.

Aquel día llegó a París el guarda de Benestranges.

— ¡Y el señor abate! — preguntó al ama de llaves.
— ¡Ha muerto!

— No, no ha muerto, y ya se encuentra fuera de peligro.

— ¡Lo que yo suponía! — exclamó el guarda. — Ese canalla de Rollin escribió al señor Conde la noticia de que había fallecido, ocasionándole la muerte.

La señora Magdalena llevóse el dedo a los labios:

— No hable en voz alta; él no debe oírle... Una impresión fuerte podría hacerle mucho daño... Pero ¿es posible lo que me dice? ¡Muerto el señor Conde! ¡Qué disgusto para el señor abate cuando lo sepa!

— Sí, señora, muerto, por culpa de una noticia falsa. Ese Rollin...

Se calló bruscamente. Gilberto acababa de entrar.

— Tengo que comunicarle a mi primo una dolorosa noticia — dijo al ama de llaves.

Raimundo se levantó y encaróse con Rollin.

— ¡Por qué escribió usted al señor Conde diciéndole que su sobrino había muerto?

Leblond apareció, atraído por las voces.

— ¡Qué suceder! ¡Por qué gritan ustedes!... Hágame el favor, señora Magdalena, entre y no deje solo al enfermo.

— Lo que pasa, señor doctor, es que este hombre ha provocado la muerte del señor conde d'Areynes al comunicarle la noticia falsa de que su sobrino había fallecido — explicó el guarda.

— Yo no podía adivinar que llegara a salvarse, y como a mí me dijeron que estaba gravísimo... — excusóse Gilberto.

El abate, turbado por las medias palabras que llegaban a sus oídos, rogó a su ama de llaves:

— Llame al doctor, señora Magdalena.

Dispuesto a lograr sus propósitos, Raúl quiso entrar en la habitación del sacerdote. Raimundo entonces, perdida su continencia, lo sujetó.

— No, usted no pagará... El señor abate no debe saber que su tío ha muerto...

Pero el abate ya lo sabía. Lo adivinó desde el primer momento.

— ¡Pobre conde d'Areynes! — exclamó. — No me lo niegues; acabo de oír a Raimundo, el guarda de Penestranges...

Y Raúl, más fuerte de lo que presumía el doctor, aceptó la noticia sin trastornos, llorando serenamente.

IV

MATRE DOLOROSA

Han transcurrido veinte años desde los últimos sucesos.

Víctima de un espantoso destino, Juana Rivat vivía en un asilo de locos. El mismo obús que pasara en peligro la existencia de Raúl d'Areynes, habíala herido a ella, haciéndole perder la razón.

El paso del tiempo, borrando la frescura de su antigua belleza, convertiera a la pobre mujer en un ser decado, de cabellos grises, con la mirada perdida en el abismo de la locura.

La enfermera encargada de Juana llamábase Rosa, y era una encantadora muchachita de veinte años, que se sentía atraída hacia la loca por una simpatía irrazonada e irresistible.

La jovencita había adquirido la costumbre de llamar a la enferma *mamá Juana*, y estas dos palabras tenían la virtud de ser como una caricia para la infortunada mujer.

Pacífica en su demencia, Juana sometíase a la voluntad de su dulce enfermera sin resistencia, sonriendo.

No hablaba casi nunca, y las pocas veces que lo hacía era para pronunciar frases incoherentes, de oscuro sentido, como las brumas de su pensamiento.

Pero su inconsciencia misma defendíala del dolor de ser una madre a la que habíase robado sus hijos. Si algún día recobraba la razón, entonces sobre ella caería el peso abrumador de la horrenda tragedia en que el crimen de Rollin y Duplat la habían sumido.

La vida, tan cruel con Juana, no había sido tampoco benévola con sus verdugos.

Después de heredar la fortuna del conde d'Areynes, Gilberto con su mujer y su hija trasladáranse al palacio que su tío les dejara en la avenida Parmentier.

Henriette, la mujer que había amado a su marido con un cariño incapaz del menor reproche, comenzaba a presentir el oscuro fondo del alma de Gilberto, que vivía en el hotel familiar aislado de los suyos, llevando una existencia de prodigalidades, disipando una herencia que no le pertenecía y que iba haciendo jirones a través de todos los garitos.

Para Henriette no había, en medio de su aislamiento, otros consuelos ni otras alegrías que los que la proporcionaban el cariño de Maria Blanco, una de las hijas de Juana Rivat, la niña con la que su marido había suplantado a su hijo muerto a poco de nacer, y que ella creía hija suya.

Mas estas alegrías eran turbadas con frecuencia por desagradables incidentes, a los que daba lugar Gilberto con sus derroches, contrayendo deudas que

arrojaban una nube de acreedores contra el palacio de la avenida Parmentier.

Acababa de regresar María Blanca de un paseo a caballo y entró en el saloncito de su madre, a la que encontró, como siempre, entregada a un silencio lleno de tristes cavilaciones.

La joven acercóse a Henriette.

— Tú sufres, mamá... Y no quieres decirselo a tu hija.

— No seas tonta, nenita... No tengo nada... Anda, vete a cambiar de vestido.

María Blanca besó a su madre y retiróse a sus habitaciones.

Acababa la joven de salir, cuando entró un tipo de usurero guapo, buen mozo, fanfarrón y bravo, el sombrero hasta las orejas y el puro en la boca.

— ¿Quién es usted y con qué permiso entra aquí? — preguntó altivamente Henriette.

— Yo entro como me da la gana en casa del señor Rollin, porque éste no me paga lo que me debe.

María Blanca apareció en el saloncito.

— Perdóname, mamá, que me presente aquí sin tu permiso, y autorízame para que despida a este intruso.

Conservaba en la mano el látigo de montar, con el que arrancó el cigarro de la boca del intruso, derribándole luego el sombrero de un segundo fustazo.

Apenas si se había repuesto el acreedor de Rollin de la enérgica actitud de la joven, cuando ésta le dijo:

— ¡La puerta está abierta, señor!

El hombre titubeó.

— Haga usted el favor de salir — insistió la muchacha,

con el látigo en la mano como una amenaza.

— ¿Y mi cuenta?

— Envíe usted la factura y se le pagará.

Aquel bravo se encogió ante la joven y, gacha la cabeza, con el sombrero en la mano, obedeció.

— ¡Pobre mamá! Y me decías que no te pasaba nada... Sí, yo sé que la conducta de papá te ocasiona muchos disgustos.

Henriette quiso sonreír.

— No me engañes, mamáita... Adivino la verdad. Pero no te atormentes; yo te pondré alegre con mis caricias.

Y la muchacha se puso a besar a la madre con una ternura que iluminaba el alma de Henriette.

Aquella ternura era como un robo que se le hiciera a Juana Rivat, envuelta en la noche de su locura.

Su enfermedad había sido objeto de detenidos estudios por parte de famosos psiquiatras.

El director del asilo era uno de los más interesados por la enferma, a la que quiso un día ver de nuevo para someterla a una última experiencia.

— Déjeme usted que le ves la cicatriz y prometo curarla.

Aunque la loca parecía dudar, mirando recelosa al médico, Rosa, su enfermera, supo convencerla para que se dejase reconocer.

El médico, después de observar la herida detenidamente, aventuró:

— El actual estado de la cicatriz no deja duda alguna; se hace indispensable una operación que, me atrevo a prometer, hace posibles todas las esperanzas.

Rosa preguntó temerosa:

— ¡Y cree usted que no la perjudicará!

— Confía en mí, niña. Por otra parte, ningún daño se le ocasionaría si la operación no tuviere el éxito que espero.

El doctor volvióse a su ayudante.

— Mañana operaremos a la enferma — dijo.

La posibilidad de que la taca recobrase la razón, implicaba para Juana Rivat la adquisición de la terrible certeza de la desaparición de sus hijas.

Una de ellas se llamaba ahora María Blanca Rollin, a quien la bondad de Henriette otorgara la dicha de todas las alegrías maternas y el testamento del conde d'Arcyres una considerable fortuna, que Gilberto derrochaba sin que fueran bastante a poner coto a sus gastos y a sus vicios las advertencias de su mujer.

Por esto ella había solicitado de su primo, el abate, que fuera a verla con un notario, para defender sus intereses y los de su hija.

Con este motivo reunieron en el hotel familiar, Raúl d'Arcyres, a quien los años dieran una mayor nobleza y una expresión más digna; el notario Patois, el médico de Henriette y el joven doctor Kernoe, antiguo amigo de María Blanca, de la que esperaba ser, con el tiempo, algo más que amigo.

Henriette solicitó de su hija y de Kernoe:

— ¡Queréis dejarnos un momento! La compañía de mis viejos amigos os aburriría y, además, vosotros preferiréis estar solos.

Los jóvenes se retiraron a un gabinete biblioteca, dejando a las personas mayores.

A ellos les encantaba estar solos. Su intimidad de prometidos deseaba esta soledad en la que ahora se

hallaban, para llenarla con el rumor de sus palabras temblorosas.

Sin la presencia de su hija, a la que procuraba alejar de todo lo que fuera motivo de pena, y, más que nada, indicio por el que coligiese la hondura inmoral



Por esto ella había solicitado de su primo, el abate, que fuera a verla con un notario, para defender sus intereses y los de su hija.

de su padre, Henriette expuso a sus amigos su situación.

— Su marido, en virtud de un poder que le otorgó — dijo el notario — ha hecho gastos considerables; su pasivo alcanza hoy la cifra de 420.000 francos.

— De lo que se deduce — interrumpió el abate — la necesidad de revocarle ese poder.

— Justamente — asintió el notario.

— Supongo, querida prima, que no tendrías nada que decir en contra. Por tu hija, ya que no por tí, tienes la obligación de poner término a este estado de cosas.

— Yo quiero expresarle a Gilberto, delante de ustedes, mi voluntad en tal sentido — afirmó Henriette.

Precisamente, Gilberto se preparaba a salir entonces. Prevenido por un criado, entró en el salón.

Hubo un largo silencio.

La mirada de la mujer, siempre triste, cruzóse con la de su marido, y los ojos de Rollin afrontaron con ironía la mirada abierta, clara y franca del abate d'Areynes.

— ¡Me llamabas, Henriette!

— Si — contestó la mujer con firmeza —; descaba expresarte la conveniencia de revocarte el poder que te otorgué hace quince años... El señor notario me ha dicho que es necesario que la fortuna de nuestro tío pase íntegra a manos de tu hija en cuanto alcance la mayor edad.

Rollin contempló burlonamente a su mujer. Luego, volviéndose a Raúl, comentó:

— Sois una persona singular, abate. Usted es quien aconseja a mi mujer que me retire el poder ¿no es eso?

Sin inmutarse, Raúl contestó:

— Hace tiempo que nos conocemos, señor Rollin. Usted sabe que soy el ejecutor testamentario del conde d'Areynes, y no estoy dispuesto a que usted malverse una fortuna que no le pertenece.

— ¿No es mi mujer la usufructuaria?

— Sin duda alguna.

— Pues entonces, déjeme que me entienda con ella y que no le de a usted ninguna explicación.

— Tendré que pedirselas a Henriette — aseguró el abate.

— Eso me tiene sin cuidado.

— Ten en cuenta — intervino la mujer — que soy yo quien te ha requerido delante de mi primo y del abate para revocarte el poder.

Rollin cambió de tono.

— Nosotros no hemos de disentir, querida mía... Ya sabes que no tengo más voluntad que la tuya.

Y Gilberto se inclinó.

La posesión de la fortuna del Conde lo había transformado, convirtiéndolo en una de esas figuras tan populares en los lugares de diversión, jóvenes viejos conocidos por sus desprendimientos, amigos del vino, del juego y de las mujeres.

Vestido con un tercio gris, completamente rasurado, erguiose altivo y dominador, sonriendo con dureza.

Hasta entonces le habían salido las cosas demasiado bien para que le inquietara la actitud de su mujer y, mucho menos, la del abate.

Su antiguo cómplice estaba en presidio, del que, probablemente, no saldría nunca; y él era el único que conocía los crímenes de su pasado.

¿Qué es lo que podía, pues, temer?

Pero la vida cambia incesantemente; lo que hoy parece imposible, mañana se convierte en realidad, y las circunstancias menos previstas surgen de pronto, desbaratando los planes de los hombres.

En las primeras horas de aquella noche, un sujeto de aspecto poco tranquilizador llegaba a Champigny

en busca del jardín de la planchadora Palmira, la antigua amante de Servando Duplat, y hospedábase en el «Sol de Oro», dando el nombre de Jorge de Grancey.

Era éste un hombre joven y fuerte, mal vestido, peor calzado y con las barbas crecidas.

Ya en la habitación que había alquilado en el «Sol de Oro», estudió las notas de una pequeña libreta.

— Las señas están claras — dijo. — Duplat ocultó el dinero en el jardín de Palmira, al pie del árbol...

En la mañana de aquel día, como si en los designios de una intervención providencial estuviera convenido que los sucesos se desarrollaran con arreglo a una lógica de normas clarísimas, Juana Rivat era sometida por el doctor Bordet a una experiencia quirúrgica que había de devolverle la razón, y que consistía en extraerle un fragmento de proyectil incrustado en la caja craneana.

Esta coincidencia con la aparición en Champigny de un hombre que trataba de apoderarse del dinero escondido por Duplat antes que lo detuvieran, tenía un profundo sentido, que pronto se revelaría.

A la operación que se le hizo a Juana asistió la enfermera Rosa, que parecía dominada por una doble emoción de ansiedad y de miedo.

El doctor Bordet logró que su intervención quirúrgica respondiese a las esperanzas concebidas, y aunque de momento no era posible asegurar el resultado, sin embargo la alegría del doctor al concluir la operación era una prueba de que estaba satisfecho.

— No esté usted asustada, Rosa. Le he dicho que

tuviere confianza en mí y ahora se lo repito... La enferma está muy bien.

Las palabras de Bordet infundieron algunos ánimos a la enfermera.

Poco a poco la vida giraba, cambiando el curso de las cosas. El hombre llegado a Champigny esperaba la noche para hacer sus pesquisas.

Después de observar los alrededores, descubrió lo que buscaba.

— No hay manera de equivocarse — dijo. — Desde aquí veo la casa de Palmira y, al parecer, el jardín sigue igual.

Un viento violento acumuló en el cielo las nubes negras de la lluvia.

Esta circunstancia favoreció a Jorge de Grancey que, ocultándose en las sombras, dada ya la noche, encaminóse a los jardines de Palmira, poniéndose a cavar el suelo en el lugar indicado en las notas de su libreta.

Llovía torrencialmente. La noche se espesaba en el campo. Y moviéndose en las tinieblas que lo rodeaban, Grancey arrancaba la tierra a golpes de azadón.

Era la vida, sí, que disponía que, por los caminos ocultos del destino, un hombre caminase para ahondar en la tierra y hallar el pagaré que había sido el precio de la venta de las hijas de Juana, el mismo día que ésta recobraba la razón.

La mano de Jorge se hundió en el agujero abierto.

— ¡He aquí la botella! — exclamó.

Sigilosamente, Grancey volvióse al «Sol de Oro», y a salvo de miradas indiscretas, encerrado en su ha-

bitación, rompió la botella, extrayendo los billetes que guardara en ella Servando.

De pronto observó un papel arrugado en mil dobles; apoderose de él rápidamente, lo desdobló y, después de enterarse de la existencia de aquel crédito contra Rollin, guardóselo con el dinero.

Satisfecho de su suerte, Grancoy se acostó y de un zapatazo apagó la luz de la vela que esclarecía las sombras de su alcoba.

Seis días más tarde, Juana Rivat, convaleciendo de la operación, abría los ojos por primera vez y miraba con extrañeza a las personas que la rodeaban.

Estaban allí Rosa, otra enfermera, el doctor y algunos alumnos, todos esperando que la razón iluminase la mirada de la loca.

Lentamente, por las rutas del pensamiento, el recuerdo volvía, y Juana evocó el instante en que mamá Verónica, cerca de su lecho, le decía que acababa de ser madre de dos hijas.

La pobre mujer fijó sus ojos en la enfermera. Todos vieron como temblaban sus labios.

— ¡Y mis hijos! — preguntó de pronto. — ¿Dónde están mis pequeños hijos?

Conmovidá, Rosa sintió humedad de lágrimas en los ojos. Juana Rivat la miraba a ella atentamente, y parecía esperar que la joven le descubriera el paradero de las niñas perdidas veinte años atrás.

— Cállese usted — le ordenó Bourdet — ha estado usted muy enferma y no conviene que hable.

Demasiado débil para mantener mucho tiempo la tensión nerviosa que acababa de producirle el recuerdo, Juana cerró los ojos y se durmió.

Al despertarse de nuevo, su lucidez era completa. Entonces supo algo de lo que le había sucedido. Pero nadie podía darle razón de sus niñas.

Cicatrizada la herida, en cuanto pudo levantarse escribió al abate.

La respuesta de Raúl d'Arcy no se hizo esperar. Por desgracia, no podía ser más desoladora.

La pobre Juana se la leyó a su dulce enfermera.

«Contesto a su carta — le escribía el sacerdote. — He tenido una verdadera alegría al saber que había recobrado usted la razón. Sus hijas fueron salvadas por Servando Duplat. Venga a verlas.»

— ¡Veinte años!... ¡Han pasado veinte años!... Mis hijas deben ser unas mujeres. ¿Qué habrá sido de ellas? ¿Vivirán todavía?

La fuerza de su dolor era tal, que no había lágrimas en sus ojos. En medio de la lucidez de su espíritu, Juana carecía de energías para abarcar la inmensidad de su desgracia. Su expresión revelaba un estupor doloroso.

En los primeros instantes, al darse clara cuenta de lo que le había sucedido, temió perder de nuevo la razón. Gracias a la sollicitud y a los cuidados de Rosa, la mujer aceptó su cruz resignadamente.

— Debe ser muy penoso no saber nada de los únicos seres a quienes se ama! — dijo la enfermera.

Las dos mujeres se hallaban en el parque del asilo. Juntas, sentadas en un banco, hablaban lentamente.

— ¡Yo no he conocido a mis padres! — exclamó Rosa de pronto.

Juana miró a la joven compasivamente.

— Debe usted haber sufrido mucho. ¡Qué pena, siendo tan joven!

— No, ya no sufro — replicó la enfermera. — Pero llevo siempre una pena muy triste en mi corazón... ¡Si usted supiera cuánto me agrada llamarle a usted mamá!

Juana estremeciéndose violentamente.

— ¿Es usted una niña abandonada? — preguntó.

— No... un hombre me recogió de los brazos de mi madre moribunda la última noche de la «Comuna».

— ¿Y ese hombre no volvió a ocuparse más de usted?

— Jamás.

La joven extrajo de su senola partida de nacimiento, que llevaba siempre consigo.

«María Blanca, hija de padres desconocidos, fué inscrita en este Registro el 27 de mayo de 1871.»

Esto era lo único que decía la partida de nacimiento. Juana se la devolvió a la expósita. Luego, atrayéndola a sí, presa de una emoción incontrolable, la abrazó tiernamente.

— ¡Mi pobre niña, yo te querré como una madre!... ¡Yo te quiero ya como si fueras hija mía!

V

LA VUELTA DE PRESIOLO

Con el dinero escondido por Duplat, Jorge Grancey se trasladó de su modesto hospedaje del «Sol de Oro» a un hotel lujoso, y, equipado como correspondía a

su nueva posición, convertido en un joven correcto y elegante — lo primero por obra de sus múltiples aptitudes y lo segundo gracias al sastrero — pensó que para sus intereses lo mejor que podía ocurrir era que conociera pronto a Rollin.

Con este buen deseo — ohneno relativamente — hizo algunas pesquisas que le condujeron al lugar a donde Gilberto solía acudir a dejar la fortuna de su hija, una casa nocturna que tenía de todo, y todo lo que tenía era malo.

La dueña de aquel negocio — tugurio, sala de baile, restaurante y reservados — era una mujer definitivamente gorda, amable con los clientes ricos, discreta hasta cierto punto y aunadora de voluntades.

A las preguntas de Grancey, cuyo aspecto de «chico bien» — aun cuando en aquella época no se conociera este calificativo — no podía ser más recomendable, la mujer gorda contestó diciendo todo lo que sabía, que era todo lo que Grancey necesitaba saber:

— El señor Rollin viene aquí todas las noches y hasta las cuatro de la mañana permanece en la sala de juego.

— ¿Podría usted conducirnos a ella? — solicitó Grancey.

La mujer sonrió enseñando sus dientes, en los que el oro abundaba más que el marfil, con lo que se sobreentiende que casi todos eran postizos.

— ¡Es usted tan simpático! — exclamó suspirando.

Y, conducido por aquella gorda sentimental, Jorge entró en la sala donde le estaban tirando de la oreja.

Gilberto no podía tardar. Era un poco extraño

que ya no estuviera allí. Pero esta extrañeza tenía una explicación.

Aquella noche, antes de salir de su palacio de la avenida Parmentier, Rollin comprobó con manifiesto disgusto que le quedaba muy poco dinero. Y esta comprobación, que nunca es del agrado de nadie, a él le molestó mucho más, porque precisamente el día anterior su mujer le había revocado el poder que le permitía saquear la herencia de su hija según sus necesidades o, mejor dicho, según las exigencias de sus vicios.

Decidido a tener dinero y teniendo en cuenta la influencia que ejercía sobre su mujer, Rollin dejó sus habitaciones, pasando al saloncito donde se hallaban Henriette y su hija haciendo un poco de música antes de acostarse.

Maria Blanca era una exquisita tocadora de arpa, y a su madre agradábanle los sonos melódicos y solemnes de este instrumento bíblico, con el cual David sabía hablar al dios de los hebreos, al terrible e imundo Jehová.

Gilberto tuvo una sonrisa entre cortés y zumbona ante aquella escena de familia. Pero como esto no era una razón para que renunciara a sus proyectos, cogió el arpa y la separó a un lado, con un gesto equivalente a la siguiente frase:

— ¡Se acabó la música!

Luego, con su voz más amable, dijo:

— Necesito hablarte, querida Henriette. ¿Puedes concederme unos minutos?

Y antes de que ella contestase, se inclinó y añadió, hablándole al oído:

— Sería conveniente que Maria Blanca se retirase.

La deliciosa tocadora de arpa adivinó las palabras de Gilberto y despidióse de su madre.

Rollin la sujetó delicadamente por los hombros al ver que se marchaba:

— ¡No quieres que te dé un beso, hija mía?

La joven le ofreció la frente.

Ya solos, él sentóse cerna de su mujer, le acarició las manos y, blandamente, de una manera persuasiva, habló:

— Deseo pedirte, mi buena amiga, que me firmes una autorización para retirar fondos. Me encuentro apuradísimo de dinero y necesito cumplir ciertos compromisos.

Aunque alarmada, Henriette repuso con firmeza:

— Yo no puedo autorizarle a que siga arruinando a nuestra hija... Debías comprenderlo, Gilberto.

Mas él no lo comprendía. En toda su vida, llena de crímenes, no dio un paso que no fuese orientado en el sentido de lograr la fortuna del conde d'Areyne. ¿Cómo, pues, conseguida la herencia, iba a transigir en no disfrutar de ella en la medida de sus vicios? Todo antes que esto.

A la perspicacia de la mujer no le pasó inadvertida la crispación nerviosa de su marido al oír su afirmación.

Sin embargo, Gilberto no cambió de tono y, más blandamente, más acariciadoramente, besando las manos a su mujer, insistió:

— Es un ruego el que te hago, Henriette, un ruego que tú no debes rechazar... que no rechazarás, si me quieres.

Esta alusión a su antiguo cariño hirió a Henriette, que había amado mucho, pero que ya no amaba

aunque tampoco odiase, porque en su corazón no cabía el odio.

— ¡No puedo, Gilberto, no puedo acceder a tus deseos! Se oponen a ello mi condición de madre y la promesa que he dado al notario y a mi primo de poner término a tus desatinados gustos.

Un poco más impaciente, con alguna dureza, Rollin replicó:

— Aquí tienes la pluma y la autorización: espero de tu cariño que no me niegues ese favor.

— ¡Imposible!

— Estoy seguro de que tal imposibilidad no existe, Henriette levantóse para salir.

— ¿Qué haces?

— No debo seguir oyéndote.

Toda la amabilidad, aparente más que real, de Gilberto, transformóse de pronto, envenenada por la ira y el odio. Y la mujer vió surgir ante sí un hombre brutal, con los ojos fuera de las órbitas, los labios temblorosos y las manos prontas a la violencia.

— ¡Déjame salir!

Bruscamente, las manos de Gilberto fueron esposas de las muñecas de su mujer.

— ¡Firmas!

— ¡No, no puedo!

Entonces el hombre arrastró a Henriette, hundió las manos en su cabellera, la sacudió con furia, la golpeó con brutalidad, y entre golpes gritaba:

— ¡Firmas!

— ¡No, no puedo!

Y una y otra vez los puños del hombre cayeron en



Y en aquella hora de suprema angustia, Henriette no tuvo otro consuelo que el de las caricias de la hija que creía suya.

el rostro, en el pecho y en los brazos de la mujer, y, por último, la arrojaron al suelo.

Jadeante, llorosa, magullada, Henriette no podía sollozar.

Gilberto le puso delante de los ojos la autorización y, agarrándola de los pelos, la bastimó nuevamente.

—Y ahora ¡firma!... ahí... donde te dije...

Y ella firmó.

—Tú lo has querido... ¿O suponías quizá que el dinero del Conde no iba a ser también para mí?

Los gritos y los golpes atrajeron a María Blanca. Y en aquella hora de suprema angustia, Henriette no tuvo otro consuelo que el de las caricias de la hija que creía suya.

Con el alma rota por el dolor, María Blanca ponía la temblorosa ternura de sus besos en la carne golpeada de la pobre mujer, que al fin encontró lágrimas en sus ojos y voz para gemir:

—¡Hija, hija mía!... ¡Qué horrible ha sido todo esto!

Una hora después, Gilberto y Grancey encontrábanse frente a frente en la sala de juego, comenzando entre los dos una partida en que el dinero se arriesgaba en grandes cantidades.

La suerte no favoreció a Rollin, que a las tres de la mañana había perdido lo que llevaba.

Aquel era el momento esperado por Grancey.

—Le ofrezco a usted la revancha: acepto una postura de 10.000 francos sobre su palabra — dijo.

Gilberto jugó y perdió.

Muy correcto, con suma distinción, Jorge entregó su tarjeta a su contrario:

—Como no he tenido el honor de serle presentado...

Se cambiaron las tarjetas y Rollin se marchó.

—Le debo a usted 10.000 francos... Mañana, a las once, espero tener el gusto de recibir su visita.

♦♦♦

Fue aquel el día en que llegó a París del asilo de Bois, la madre sin hijos, la desventurada Juana Rivat.

Con la esperanza de encontrar a sus niñas, ella abandonó la casa en la que había vivido durante veinte años de locura.

Su adiós a la enfermera, tuvo lágrimas. La dulce muchacha, al ver marchar a la que llamaba *mamá Juana*, conmoviéndose vivamente. Y sus ojos la siguieron, viéndola desaparecer con una pena muy grande, como si temiera la soledad en que iba a dejarla su buena amiga y la ausencia de caricias que iba a notar con la marcha de *mamá Juana*.

Juana llegó a París y fué reconociendo con dificultad los sitios en los que había amado y sufrido. Los años transcurridos habían cambiado los nombres y los lugares; donde en 1871 estaba emplazada su casa, alzábase ahora un soberbio edificio. Nada quedaba del pasado.

Ella lloró sobre las piedras de su calle, como una desterrada que vuelve a su ciudad y ve que ya no es lo que era, que sus cimientos han sido cambiados y que de los tiempos antiguos ni aun restaba el recuerdo.

Anduvo por la ciudad, desorientada. Estuvo en la Jefatura de Policía preguntando por sus hijas. Y todos sus pasos fueron inútiles.

Dirigióse con una última esperanza a la iglesia de San Sulpicio.

— El señor abate no acostumbra a recibir a nadie a estas horas — le dijeron.

Pobre, vieja y cansada, ante aquel obstáculo, la loca de Bois lloró otra vez.

El sacristán de San Sulpicio tuvo piedad de aquel dolor.

— No llóre usted; aunque nos lo tiene terminantemente prohibido, le pasaré recado de que usted está aquí.

¡Con qué desbordante alegría se arrojó Juana a los pies del sacerdote!

Sus manos, llenas de caricias maternas, se tendieron hacia el abate temblorosamente.

— Sé que usted me ha salvado la vida. Pero, ¿y mis niñas? ¿Qué ha sido de mis hijas?

Radi d'Areynes no podía contestar a aquel ruego más que con un piadoso silencio. El sólo sabía lo que había visto antes de coger a Juana en brazos para salvarla del incendio provocado por los disparos.

El sólo sabía que un hombre — Servando Duplat, — adelantándosele, había cogido la cuna en que se hallaban las niñas, desapareciendo entre el humo y el fuego.

Y nada más.

Una barrera de veinte años se interponía entre aquel suceso y el momento actual.

¿Quién podría decirle a aquella madre dónde estaban sus hijas?

Sólo un hombre: Gilberto Rollin, y éste tenía mucho interés en guardar su secreto.



— Sé que usted me ha salvado la vida. Pero, ¿y mis niñas? ¿Qué ha sido de mis hijas?

A la misma hora en que Juana refería sus penas al abate, a Rollin le pasaban una tarjeta que decía: «Vizconde de Grancey».

Su buena fortuna en el juego y su mejor suerte al descubrir el escondrijo en que Duplat había ocultado su dinero, bastaban a aquel hombre desaprensivo para creer que a su apellido le venía bien un título, y se otorgó a sí mismo el de Vizconde.

Gilberto arrojó a su acreedor con buena voluntad.

— Le esperaba a usted.

— Me honra usted mucho, señor Rollin.

Después de unas cuantas frases corteses, Gilberto entregó a Grancey 10,000 francos.

— ¡No es esto!

El nuevo Vizconde concedió que era aquello.

— Si, eso es, pero...

Y en las manos de Jorge apareció un pagaré, que puso ante los ojos estupefactos de Rollin.

— A poco de mi llegada a París — dijo el Vizconde — acepté como bueno un pagaré que usted firmó hace muchos años. ¿Lo reconoce usted?

El rostro desencajado de Gilberto decía más que todas las palabras.

Y por su pensamiento cruzó el recuerdo de veinte años atrás, cuando, en una noche ensangrentada por el furor revolucionario, entregó a Servando Duplat, su cómplice en la suplantación del hijo muerto, aquel pagaré por una de las hijas de Juana Rivat.

¿Es que había llegado el momento de la expiación?

Aun no, pero quizá no estuviera lejano.

La madre sin hijos confesaba entonces al abate la inutilidad de sus pesquisas:

— Todos mis esfuerzos por encontrar a Servando Duplat han fracasado... Según mis noticias, a ese hombre lo fusilaron como complicado en el movimiento de la «Commune».

Raúl d'Areynes mostró a la mujer el oficio que recibiera de la Jefatura de Policía, en el que se le comunicaba lo siguiente:

«Las investigaciones hechas para descubrir el paradero de las hijas de Juana Rivat, la loca del asilo de Bois, no han dado resultado alguno. Son muchos los años transcurridos desde la desaparición para que sea posible el hallazgo de una pista.»

La desgraciada, ante esta confirmación de su desventura, reanudó el triste comentario de sus lágrimas.

— No hay que abandonarse a la desesperación... Confiamos en Dios... ¡las niñas aparecerán!

Eso no era más que un buen deseo del bondadoso abate. Juana lo comprendió así y lloraba.

Y era en París, en otra calle, donde en aquellos instantes ventilábase de nuevo el valor del pagaré otorgado por Rollin como precio de las niñas desaparecidas.

Gilberto no adivinaba como había venido a dar en las manos del falso Vizconde.

— ¿Quiere usted mostrarme los datos que justifiquen que ese pagaré le pertenece? — preguntó.

Grancey tuvo una risotada como respuesta.

— Esos datos que usted pida, habría que ir a buscarlos al presidio de Nouvelle.

Allí era donde estaba cumpliendo condena Servando Duplat.



A Henriette se le declaró una afección al corazón...

No eran, pues, ciertas las noticias que le habían dado a Juana. El cómplice de Rollin no fuera aún borrado de la lista de los vivos.

¡Ah, si ella supiera esto!

Pero ella, lo mismo que el abate, ignoraba esta verdad, que hubiera bastado para calmar las tribulaciones de la madre, inundándola con la luz de la esperanza.

¿Qué sería de esta pobre mujer?

El abate aceptó la obligación de protegerla.

— Para proveer a sus necesidades, desde hoy será usted la limosneta de San Salpicio — ofreció a la desgraciada.

Juana quiso agradecer la protección que el abate le dispensaba, pero no pudo. Le ahogaba la pena.

Desde aquel instante, ella sería la pobre de la iglesia, mientras Gilberto y Grancey llegaban a un acuerdo, que pronto sellaría la amistad.

Al Vizconde convenía estrechar sus relaciones con Rollin, y por esta razón propuso entregarle el pagaré a cambio de un recibo por una cantidad análoga.

— ¿Quiere usted que almorcemos juntos? — propuso entonces Jorge.

— Encantado.

Alejado de los suyos, a Gilberto tenía le sin cuidado las consecuencias que la escena de la noche anterior hubiera podido tener, y que, por desgracia, eran bastante graves.

A Henriette se le declaró una afección al corazón. Llamado el médico, éste declaró a María Blanca:

— Su madre está muy delicada, querida niña;

todos los cuidados de que se la rodee serán pocos.

La joven, preocupada al oír al doctor, salió al encuentro de Rollin, al que acompañaba Grancey, a quien no le pasó por alto la belleza de la muchacha.

—El doctor me ha manifestado sus temores



—El doctor me ha manifestado sus temores acerca de la salud de mamá... Debías entrar a verla.

acercas de la salud de mamá... Debías entrar a verla.

Rollin dudaba mucho que su presencia pudiera ser favorable a la salud de su mujer, y así lo declaró paladinamente:

—Creo que si me viera... se pondría peor.

El mismo día llegaba a Champigny, procedente de Nouvelle, un antiguo conocido, el cual indagaba

en un cafetín, del que era dueña la antigua planchadora, si habían hecho obras en los alrededores de la casa.

El camarero a quien preguntó extendióse en consideraciones que no le interesaban al viajero, quien le interrumpió secamente:

—Lo único que deseaba saber es que no se han hecho obras en los jardines que hay detrás de la casa.

Declinaba el día. La luz del sol tenía el titubeo crepuscular.

Lejos de Champigny, en la iglesia de San Sulpicio, en la que Juana Rival había comenzado a ejercer sus funciones de limosneta, tenía lugar el encuentro de María Blanca, que había ido con su madre a hacer una visita a Raúl d'Arcy, con la mendiga.

La pobre mujer al ver aquella joven, cuyo extraño parecido con Rosa era extraordinario, corrió a su lado con los brazos abiertos:

—¡Mi pequeña Rosa!

Ante el asombro de la hija de Henriette al oírse llamar de aquel modo, Juana vaciló.

María Blanca tuvo compasión de la mujer.

—Sin duda — dijo — me pareceo a alguna persona a la que usted ama mucho.

—Tanto que, si no fuera porque usted lo afirma, creería que era usted mi pequeña enfermera, mi pequeña Rosa.

Juana Rival alentaba ansiosa, viendo la sorprendente semejanza de la joven con su amiguita.

La emoción y la ternura se reflejaban en sus ojos, y a las preguntas de María Blanca contestó refiriendo parte de su vida, sus angustias de madre,

y su consuelo, en medio de su dolor, por tener el cariño de la enfermera, la expósito que la había cuidado con el celo de una hija en el asilo de Rois.

Y en la multiplicidad de sus cambios, la vida iba acercando a los que estuvieran separados, como si tratase de borrar aquella enorme pausa de tiempo comprendida entre el 27 de mayo de 1871 y aquel día del año de 1890.

El presidiario de Nouvelle, para subrayar esta serie de admirables coincidencias, ordenaba en aquel momento al camarero:

— Necesito hablar a la dueña; dígame usted que el que pregunta por ella es un amigo.

Y porque lo quería el destino, al mismo tiempo, entre las sombras de la iglesia, María Blanca, conmovida por el dolor de Juana, decía:

— Yo haré, señora, todo lo que pueda por consolarla... ¿Quiere usted venir mañana a mi casa?

La joven deslizó un billete en el bolsillo de Juana, que quiso besar las manos blancas de aquella hada tan bondadosa. El inesperadamente, como si oyese la voz de la sangre clamando en su corazón y en el de la triste mendiga, María Blanca puso un beso de hija en el rostro socavado por las lágrimas de Juana Rivet; un beso que encendió en el corazón de la triste madre una alegría inaudita; un beso que la dejó turbada y temblorosa.

— ¿Por qué no trae usted a su lado a la enfermera de que me habló, a esa Rosa a la que tanto quiere? — preguntó la joven.

— Sí, señorita; ya lo he pensado, y voy a decirle.

— Hágalo usted; eso aliviará su soledad.

Henriette, a la que su primo contó la desgracia de la mujer, aproximóse a ella y unió su ruego al de María Blanca para que fuera a visitarlas.

— Las esperamos mañana.



— Yo haré, señora, todo lo que pueda por consolarla... ¿Quiere usted venir mañana a mi casa?

— Pues sí, iré; será para mí una alegría ver de nuevo a la señorita... ¡Se parece tanto a mi buena enfermera!

El misterio que rodeaba la desaparición de las hijas de la mendiga, parecía que, al fin, iba a desvanecerse.

Ya estaba en París el otro hombre que conocía el secreto, el ladrón de las niñas.

En aquellos instantes se entrevistaba con Palmira, su antigua amante.

Ella acudió, avisada por el camarero.

— ¿No me reconoces? — preguntóle el expresidiario. — Soy Servando Duplat.

Palmira fijó sus ojos en el rostro del hombre y descubrió en él los rasgos de su amigo.

— He cumplido mi condena y llegué ayer de Nouvelle — añadió Servando. — Sé que Rollin ha heredado... Si tú me ayudas, pronto seremos ricos.

La planchadora, contenta de volver a ver a su amante, le prometió su ayuda.

— Cuenta conmigo... Tengo dinero y nada te ha de faltar.



Aquella noche, en el humilde alojamiento que la inagotable caridad del abate d'Areynes había proporcionado a Juana, y en el que ésta vivía con el recuerdo de sus hijas, la triste mujer sintió que la dulce memoria de Rosa acariciaba su frente, en la que el dolor pasiera sus sombras, y creyó oír de nuevo la voz de la joven cuando le decía:

— ¡Si viera usted qué alegría siento al llamarle madre!

Juana acordóse entonces de las palabras de María Blanca.

— ¿Por qué no trae usted a su lado a la pequeña Rosa, ya que la quiere tanto?

Esto le había dicho la joven, que la besó como si besara a una madrecita.

Un día después, Juana visitaba a Henriette y a

María Blanca, y Gilberto oyó sorprendido, de los labios de una doncella, lo siguiente:

— Es la mendiga de San Sulpicio; la señora me ordenó que la hiciera pasar en cuanto llegase... Se llama Juana Rival.

Rollin se encerró en su despacho.

¿Qué fatalidad traía a la madre robada a su casa?

Para aumentar su inquietud, un criado le anunció:

— Un señor desea verle a usted para un asunto de mucha importancia y muy urgente.

— ¿No le ha dejado su tarjeta?

— No, señor; no trae tarjeta de visita. Su nombre es Servando Duplat.

En el espacio de un segundo, Rollin revivió los sucesos del día en que él y su cómplice habían ido a la Asistencia pública con las hijas de Juana.

— Dígame a ese señor que pase — dijo precipitadamente.

Temía que Juana pudiera ver y reconocer a Duplat. Mientras el criado iba a avisarle, él avizoró desde la puerta, y vio cómo se cruzaban en su camino la mendiga de San Sulpicio y el ladrón de sus hijas.

Fue un instante de miedo, y nada más.

Rozándose, sin mirarse, pasaron el uno al lado del otro, y ni Juana ni Servando se reconocieron.

Gilberto, tranquilizado, recibió a su cómplice como si no supiese quién era.

— Parece que usted se ha olvidado de mí — notó Duplat. — Sin embargo, vengo a recordarle que me debe 150,000 francos... Después de veinte años, ya es hora de que los cobre... Vamos, creo yo.

— Presénteme usted el recibo y se los pagaré en seguida; soy enemigo de tener deudas.

— ¡Hombre!... — repuso Servando rascándose la cabeza.

Era aquel un contratiempo previsto. La noche antes habíase enterado de que al pie del árbol donde escondiera su dinero y el pagaré no había más que raíces y lombrices de tierra.

— El recibo — afirmó con desparpajo — lo destruí cuando me detuvieron, para no comprometerlo a usted; y estas cosas hay que agradecerlas.

Súbitamente, Gilberto propuso a su cómplice:

— ¿Quiere usted tomar una copa? Tengo una colección de licores exquisitos y muy completa.

— No está mal; tomaremos la copa... esa copa a que usted no podría invitarme si no fuera por la herencia del Conde y porque yo le proporcioné un heredero.

Se aproximaron a una mesita, que Gilberto desdobló oprimiendo un botón.

Duplat saboreó los licores de su amigo, y, mientras lo hacía, Rollin deslizó en la mesa el pagaré.

Los ojos de Servando, que estaban en alto, paladeando una cuarta o quinta copa, bajaron un poco y vieron el recibo, sobre el que se cerró la tapadera de la mesa al intentar apoderarse de él.

— ¿No decía que lo había destruido?

Irritado por aquella jugada, Servando se arrojó contra Rollin; éste, más vigoroso, lo derribó de un golpe.

— ¿Quién le ha dado a usted el recibo? — gimió Duplat, sentándose en el suelo, sin ánimos para reanudar la lucha.

— Ese... el vizeconde de Grancey — contestó Gil-



Irritado por aquella jugada, Servando se arrojó contra Rollin; pero éste, más vigoroso, lo derribó de un golpe.

berto mostrándole a su amigo, que acababa de entrar. Con una amargura insospechada, Duplat lamentó, reconociendo a Jorge:

— ¡Ah, Vizconde y compañero mío de presidio! Yo quisiera saber cómo supiste dónde ocultaba el pagaré.

— Una noche que tuviste fiebre y delirabas, me descubriste el secreto... La verdad, yo te lo agradeci, porque entre amigos no debe haber secretos.

— Pues eres un canalla, y esto no ha de quedar así. Gilberto intervino, conciliador:

— Dejémonos de amenazas... Juana Rivat vive; hace un momento estuvo en mi casa.

Grancey, que era hombre de decisiones rápidas, insinuó:

— Asociémonos los tres, y yo me comprometo a que Juana deje de ser un peligro... Pero pongo como condición que el señor Rollin me dé en matrimonio a su hija, la heredera del conde d'Areynes... Claro que, en cuanto nos casemos, los millones de la dote nos los repartiremos entre los tres.

Gilberto inclinó la cabeza, con el rostro torcido por una mueca de disgusto.

— ¿Qué opina usted de eso? — preguntó Duplat. — Grancey es hombre de recursos.

No le quedaba más que acceder. Y Rollin accedió.

— Ahora — prosiguió Grancey — hay que pensar en la manera de librarse de Juana... Yo elegiría el camino más corto: los muertos son los únicos que no hablan.

Duplat y Gilberto callaron, y, en silencio, convinieron que el plan de Grancey era el mejor.

Después de muchos días en los que sólo el recuerdo sirvió de lenitivo a la tristeza de la enfermera de Juana Rivat, apenada desde que la buena mujer a la que llamaba madre había abandonado el asilo para buscar a sus hijas, Rosa tuvo, al fin, la alegría de recibir una carta de su amiga.

«Mi querida Rosa: Deseo que vengas a vivir a mi lado. Mi protector, el abate d'Areynes, me ha proporcionado una vivienda, que me parecerá vacía mientras tú no te decidas a ocuparla conmigo. Sal en el primer tren.

Tu amiga, JUANA.»

Esta carta consumió la pena de la joven. Ella tendría de allí en adelante una verdadera madrecita, una madrecita buena que supiera con su cariño la ausencia de caricias maternales que hasta entonces había sentido.

En un principio, tuvo el temor de que el dinero no le llegase para el viaje; y este temor acongojó su alma blanca de doncella.

Felizmente, la distancia entre Bois y París no era mucha, y con lo que tenía le bastaba para llegar.

Tomó el tren el mismo día, y aquella misma noche se encontró en París.

Horas antes, en el palacio del conde d'Areynes

Grancey exponía a sus amigos el plan que había concebido para deshacerse de Juana.

— La casa se halla actualmente en reparación; esto nos favorecerá mucho... Además, ella vive sola.

— ¿Y no podían ir ustedes solos? — propuso Rollin.

— No, tenemos que ir los tres; es este un negocio en el que debemos trabajar juntos.

Horas más tarde, recatándose en las sombras de la noche, los tres hombres se deslizaban dentro de la casa de Juana Rivat.

Grancey y Gilberto se arrastraron hasta una de las ventanas que daban al piso de la mendiga, y se hicieron atrás al verla, no sola como esperaban, sino con la enfermera.

— ¡Esa es su hija!

El parecido era tal, que Gilberto asintió.

— El conserje me había dicho que nadie la venía a ver — añadió Grancey. — Nos ha fallado el golpe... Vámonos.

La pequeña Rosa acababa de salvar la vida de Juana. Había llegado a París hacía pocas horas, y Rollin y Grancey la vieron cuando prodigaba sus caricias a la protegida del abate.

— Desde que usted se marchó del asilo — decía la jovenita a Juana, — mi vida ha sido muy triste. Me acordaba de usted, y las lágrimas acudían a mis ojos.

Entretanto, de regreso en las habitaciones de Gilberto, después del fracaso de su expedición, Grancey decía a Rollin:

— Pregúntele usted a su hija si ha estado en casa de Juana.

Rollin hizo la pregunta por el teléfono familiar, y la respuesta de María Blanca fué negativa.

— No, papá; yo no he salido hoy en todo el día.

— ¿Será esa la otra? — insinuó Duplat. — Si, por fuerza; se trata de la hermana, de la que yo llevé a la Asistencia pública e inscribí con el nombre de María Rosa.

La fuerza de los acontecimientos empujaba a los seres que habían estado separados durante veinte años. La mano del Destino comenzaba a levantar el velo que ocultaba aquel crimen.

Sin grandes dolores ni alegrías grandes, transcurrieron algunos días. Una mañana, yendo de paseo Grancey y Gilberto, el primero preguntó:

— ¿Ha hablado usted a su mujer de nuestros proyectos?

— No lo he creído conveniente, por ahora — contestó Rollin.

— Pues es indispensable para nuestros negocios que mi matrimonio con la hija de usted se celebre lo más pronto posible.

— Esta noche hablaré a María Blanca.

La joven, que amaba a Kernoel con todo su entusiasmo, estaba muy triste por la salud de su madre.

Precisamente acababa de celebrarse una consulta entre el doctor de la casa y su prometido, y los dos convinieran en que el estado de Henriette era delicado.

Juntos estaban los médicos cuando Grancey y Gilberto regresaron de su paseo.

— Ahí están el doctor Germain y el doctor Kernoel — dijo Rollin a su compañero en el instante de pasar por delante del salón. — Los dos cuidan a mi mujer, y el segundo, además, se cuida demasiado de mi hija.

Concluida la consulta, el doctor Germain llamó aparte a María Blanca.

— Su madre necesita el reposo más absoluto, y nada de emociones; serían peligrosísimas. A usted le recomiendo que se las evite, sea como sea.

— ¡Oh, sí, yo haré todo lo posible para que no tenga el menor disgusto!

Ella prometía, segura de cumplir su promesa.

Sin embargo... Aquella noche, mientras Henriette, echada en su alcoba, buscaba reposo a su corazón enfermo, Gilberto se reunió con su hija y la sorprendió de pronto con estas palabras:

— Vamos a ver, mi querida Blanca, qué te parece el matrimonio que te voy a proponer... Yo deseo que te cases con el vizconde de Grancey; es un excelente muchacho, de buena familia y posición inmejorable.

La muchacha se levantó de las rodillas de su padre, en que éste la había sentado para hacerle mimosamente su proposición.

— ¿Qué es eso?

— Tu sabes, papá — dijo la joven con entereza, — que me he prometido a Kernoel.

Siempre con su sonrisa, que escondía la traición, Gilberto repuso:

— No importa; riñes con él... El Vizconde te conviene a ti y me agrada a mí; de modo que no hay más que hablar.

Herida en sus sentimientos más íntimos, Blanca quiso ir a reunirse con su madre. Rollin se lo impidió, cerrando la puerta.

— No quiero que llames a tu madre; sé que mi presencia no le sería grata.

Rollin volvióse de espaldas a la joven, que sollozaba:

— Yo quiero a Luciano de Kernoel. ¡No podría casarme con otro hombre!

Bruscamente, Rollin la miró amenazadoramente.

— Si quieres evitarle a tu madre una escena penosa, tienes que prometerme que te casarás con el Vizconde.

— ¡Nunca!

Las manos de Gilberto, hechas a la violencia y al crimen, apresaron a la muchacha.

— ¡Dime que me obedecerás!

— ¡Nunca!

Rota su aparente serenidad, Gilberto abofeteó a la muchacha, golpeándola como un día golpeara a su mujer.

— ¡Prométame que te casarás con Grancey!

Abogando sus gemidos, recordando su promesa al doctor Germain, temerosa de la impresión angustiosa que recibiría su madre si la oía llorar, Blanca, una vez más, repitió su exclamación en voz baja:

— ¡Nunca!

El despecho, la rabia y el odio de Rollin cayeron sobre el cuerpo de la niña. Arrastrada, herida, deshecha, ella sollozaba en silencio.

Las manos de su padre caían sobre ella una y otra vez. Blanca tuvo miedo. Quiso aún contener sus gritos.

Pero el puño brutal de Rollin la hirió en el rostro, y aterrada por aquella violencia, estrujada por los brazos de su verdugo, lanzó un grito de angustia llamando a su madre.

Y aquel grito encontró eco en Henriette. La desventurada mujer, con el cuerpo enfermo y el corazón cansado de sufrir, quiso arrastrarse hasta el



—Prométeme que te castraré con Grancey!

sitio en que Blanca era martirizada por su marido. Dos veces sus pies vacilaron y dos veces la madre venció su debilidad.

Llegó a la puerta del salón e intentó abrirla. Pero estaba cerrada.

La pobre mujer creyó morir. Con sus manos golpeó la madera, gimiendo:

— ¡Es tu hija, Gilberto!... ¡Maria Blanca!... ¡Hija mía! Sintió que las fuerzas le faltaban.

— ¡Oh, Dios mío, no puedo más!

Y su cuerpo se rióndió a la pesadumbre, cayendo con la postración del desmayo en los umbrales del salón, donde Rollin maltrataba bárbaramente a la hija robada a Juana Rivat.



La vida en el hogar de la mendiga de San Sulpicio deslizábase apaciblemente. Para la madre sin hijos, el cariño de Rosa era como una compensación en medio de su desgracia.

Una noche, la antigua enfermera, que ayudaba con su trabajo a sostener la casa, se vistió para salir.

Hoy tardaré en volver un poco más que de costumbre; pero sólo el tiempo justo para entregar estos bordados que te concluído de hacer — dijo a Juana.

A la puerta de la casa, Grancey, que había concebido un nuevo plan para deshacerse de la mendiga, al ver aparecer a Rosa, entró en la casa.

Llamó a la puerta del piso de la mendiga.

— Un hombre que vive en mi casa, me envía a llamarla a usted — dijo Grancey entrando en el piso.

— ¿Quién es?

—Es un gran culpable que quisiera hablarle a usted antes de morir, pues está muy enfermo... Se llama Servando Duplat.

—¿Pero no lo habían fusilado? —preguntó Juana estremeciéndose de inquietud y de esperanza.

—No, señora, no lo han fusilado. Y él quisiera ahora, antes de morir, pedirle a usted perdón y descubrirle el paradero de sus hijas.

Todo turbada, sin comprender lo que le sucedía, llena de fe en las palabras de aquel enviado, Juana se apresuró a acompañarle.

¿Sería verdad que al fin iba a recobrar a sus niñas, después de veinte años? ¿Y por qué no? ¿Quién podía tener interés en engañarla?

Atravesaron París y salieron al campo. Llena de confianza, Juana marchaba al lado de Grancey persuadida de que se acercaba el término de sus penas de madre.

El cielo estaba claro y la luz argentada de la luna plateaba la cinta de la carretera.

Para aumentar la confianza de Juana, Grancey le dijo señalando una casita lejana.

—Allí es dónde vive Duplat; ya no tardaremos mucho en llegar.

A la misma hora, Gilberto entraba en la alcoba de Blanca, que se hallaba enferma, con el propósito de cometer un nuevo crimen.

Entre los tres amigos habían acordado, vista la resistencia de Blanca a casarse con Grancey, hacerla desaparecer, suplantándola luego con Rosa, pues dado su parecido extraordinario sólo Henriette podía notar la suplantación, y ya se cuidaría su

marido de impedirlo separando a la una de la otra.

La muchacha dormía con sueño profundo. Rollin acercóse a una mesita en la que estaban las medicinas y substituyó uno de los medicamentos por un frasco de belladona.

Y aquel atentado contra la vida de la joven tenía lugar en el mismo instante en que Juana, confiando en Grancey, marchaba al lado de éste.

De pronto, Duplat salió de detrás de un árbol y arrojóse contra la mujer.

Juana gritó y forcejó... Todo inútil. Los dos hombres la alzaron en brazos y la arrojaron a las aguas de un río, entre la espesura de unos cañaverales.

Mientras tanto regresaba a su casa Rosa y encontraba una carta de Juana, en que se le decía:

«No te inquietes por mi ausencia, si se prolonga unos días. Al fin voy a saber donde están mis hijas. Muy pronto seremos tres a querernos.—JUANA.»

Y transcurrieron dos días.

Al tercero, sucedió algo que llamó la atención de Kernoe, quien visitó al abate para decirle que el palacio de Rollin estaba cerrado, que la servidumbre había sido despedida y que él ignoraba el paradero de Blanca.

—Es necesario avisar a la policía; temo que haya sucedido algo.

Desde este momento los hechos se precipitaron para un fin próximo, que pusiera término a los crímenes de Rollin y de sus cómplices.

Aun quiso la suerte que, llevando adelante su plan, Grancey se presentase a Rosa y le dijera:

— Su padre la espera a usted... Conozco su historia. Se que fue usted encontrada la noche última de la «Comuna» entre los brazos de su madre moribunda... Hace cinco años que la busco a usted y al fin he logrado encontrarla. Tiene usted que ponerse en camino conmigo enseguida.

Demasiado ingenua, la acumulación de los detalles que le daba Grancey no permitió que naciera la duda en el alma de Rosa.

Todas las penas de su vida por no tener padres a los que dar la ternura que llenaba su corazón, alcanzaban ahora un término glorioso.

— ¡Oh, sí, lléveme usted al lado de mi padre! — exclamó emocionadísima.

Gilberto esperaba a Rosa, con la que fingió una paternidad que no sentía.

Y ella se arrojó en sus brazos.

— He cumplido mi palabra, señor Rollin, devolviéndole la hija que creía muerta.

Gilberto se volvió a Grancey.

— ¿Y es usted mi buen amigo... hijo mío, a quien yo tengo que agradecer esta ventura?... ¡Oh, mi dicha sería completa si ella le amase a usted algún día!

Rosa ocultó su rostro en el pecho de Gilberto. Luego miró a Grancey y su corazón latió por primera vez, deseando amar al hombre que la había encontrado para llevarla a los brazos de su padre.

Al día siguiente, con su cómplice y Rosa, Gilberto se ponía en camino para Fenestranges.

Pero la policía le seguía los pasos.

El primero a quien se detuvo fue Duplat, al que se vigilaba desde horas antes y que había ido a casa de

Palmira. Trató de oponer resistencia, y en la lucha cayó herido mortalmente de un balazo.

Conducido en una camilla a la comisaría, pidió hablar con el abate Raül d'Arcyres.

Creando la muerte, quería rescatar su pasado con una confesión justa. Y entre gemidos de dolor brotó de sus labios la verdad, desgarrando, a los ojos del abate, el misterio de la desaparición de las hijas de Juana Rivat.

Poco después, María Blanca era hallada en el hotel, y un agente descubría el frasco de belladona que debía servir para envenenarla.

— Yo no tomaba más medicamentos que los que me daba la doncella de confianza de mi padre — dijo desfallecidamente la muchacha. — El es el que me tiene secuestrada aquí.

Veinticuatro horas más tarde, eran detenidos en Fenestranges Rollin y Grancey.

— Protesto de mi detención, que estimo como un atropello y considero arbitraria — afirmó con descaro Jorge. — No sé si el señor Rollin será culpable; lo que es yo, nada tengo que reprocharme.

Pero la inesperada presencia de Juana, a la que habían salvado unos pescadores, puso término a las gallardas negativas del falso Visconde y a la altivez de Rollin.

La pobre madre, que ya conocía los crímenes de que fuera víctima, preguntó al abate:

— He abrazado a María Blanca, pero la otea ¡mi querido Rosa! ¿dónde está?

La enfermera, llevada a Fenestranges por Gilberto, apareció de pronto.



Apurado el cáliz del dolor, un luminoso iris de paz iba a servir de aureola a la pobre madre...

Apurado el cáliz del dolor, un luminoso iris de paz iba a servir de aureola a la pobre madre que, después de veinte años, recobraba a sus hijas.

PROLOGO

Víctima de una apoplejía fulminante, Gilberto Rollin falleció en los primeros días de la instrucción judicial, evitando el dolor del escándalo de un proceso a su mujer, quien, arruinada y sin hijos, abandonó París para consagrar su existencia a los huérfanos de una colonia lejana.

Cinco años después, a los cuatro de haberse celebrado el matrimonio de Maria Blanca con Kernoel, matrimonio que tuviera la bendición de un hijo, Henriette llamaba a la puerta de la casa en que Juana vivía con sus hijas.

En el instante de abrir la puerta, el abate, asiduo visitante de la antigua mendiga de San Salpicio, decía a Rosa:

— Llama a tu hermana.

La puerta se abrió. Y los ojos de Henriette se encontraron con los de su primo.

— ¡Tú aquí, querida Henriette!

— He vuelto a Francia por el sólo deseo de ver a Maria Blanca, a la que quise y quiero como hija — confesó aquella desterrada de toda alegría. — Yo la enseñé a pensar, sentir y obrar. Yo la enseñé a balbucir sus primeras palabras, que un día dijo por primera vez para llamarme *madre*... ¡Oh, sí, ella es también mi hija!

Un grito de vibrante emoción resonó entonces:

— ¡Mamá!

Y María Blanca abrazó a Henriette, que obtenía el premio que merecían sus bondades con aquel grito espontáneo que saliera de los labios de la joven al verla.

— Llámame mamá... Quiero oírte decir de nuevo... ¡Dímelo siempre!

La voz de Juana Rivat dejóse oír con un temblor en el que parecía palpitar el recuerdo de las amargas sufridas:

— Yo debo testimoniarle, señora, mi reconocimiento por el cariño con que usted educó a mi hija...

Un niño, una criatura de cuatro años, entró en la sala. Los ojos de Henriette se fijaron en él tenazmente. Y en el acto adivinó quién era.

— ¡Ese es tu hijo, María Blanca... y, por lo tanto, mi nieto!

Y cogió al chiquitín, que sonreía sin temor entre los brazos de la viuda de Rollin.

Todos se aproximaron. Y cerca del niño, las torturas sufridas se fundieron en una sonrisa, y las gracias del hijo de María Blanca secaron para siempre las lágrimas en los ojos de las dos abuelas: Juana Rivat y Henriette Rollin, la primera abuela por el poder de la sangre y la fuerza del cariño y Henriette, abuela también, pues María Blanca era hija de su alma y de sus cuidados maternales, que habían tenido todas las ternuras.

FIN

== EN PRENSA ==

LA MADONA DE LAS ROSAS

según el argumento escrito expresado para la cinematografía, por el
insigne dramaturgo: **JACINTO BENAVENTE**

